

An impressionist painting of a coastal scene. In the foreground, a dark, craggy cliffside is covered in dense, colorful vegetation in shades of green, yellow, and pink. Two figures are visible on the cliff; one is holding a large, vibrant red umbrella. The middle ground shows a turbulent sea with white-capped waves. In the distance, a small boat with a white sail is visible on the horizon. The sky is filled with soft, textured clouds in shades of blue and white.

Voces de fondo

María Elvira González



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



COLECCIÓN CONTINENTES

VOCES DE FONDO



María Elvira González

VOCES DE FONDO

VII Bienal Nacional de Literatura
José Vicente Abreu
Género novela histórica
Ganadora 2022



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Voces de fondo

© María Elvira González

DISEÑO DE PORTADA

Greisy Letelier

IMAGEN DE PORTADA

Cliff walk at Pourville, 1882

Claude Monet

Óleo sobre tela, 66.5 x 82.3 cm

Instituto de Arte de Chicago

DIAGRAMACIÓN

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2022001609

ISBN: 978-980-01-2359-1

Darle voz a los silencios de la historia.

CARLOS FUENTES

Petróleo, suficiente petróleo a nuestro seguro
alcance parecía necesario para nuestra grandeza
e independencia en el siglo XX.

HERBERT FEIS,
presidente del Comité de Política Petrolera
de EE. UU. (1941-1947)

Somos el país de las corazonadas.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY,
Mensaje sin destino (1950)



Vera

2008

El sol entró a cuchillo señalando la taza de café desde
[la mesa.
Sobre un montón de libros vigilaba el teclado de la
[computadora.
Contra la pared, una maceta de orégano y otros restos
[del naufragio.

Ellas pasaron lejanas y elegantes como tijeretas
[sobrevolando el mar.
Sus voces nítidas delinearon el vacío,
Cleotilde, cabra de hondo mirar y dientes perfectos.
[Vibrando en su serenidad.
Candelaria, menuda y fuerte, sus manos hundidas en
[lo humano.
Caracas regurgitaba petróleo y el poeta Aquiles Nazoa
la veía así:

Enferma de *snoob* cosmopolita,
te dio por transformarte —¡pobrecita!—
en una Nueva York de a cuatro reales.

Y es que en mi patria, raro fatalismo,
lo que destruir no pudo el paludismo
lo corrompió la plaga petrolera...

I
Cleotilde
1945

Poco después de haber llegado, me di cuenta de ciertas cosas. El señor Antonio servía el almuerzo y yo observaba para aprender. Había invitados, la conversa se escuchaba como zumbido de abejas y de pronto la esposa del patrón se fue poniendo pálida, se excusó en francés diciendo que estaba fatigada y cuando se retiraba, don Carlitos se levantó. Vi sus manos como las de un mago mientras explicaba, en francés y en español, que la señora estaba indispuesta. Pensé en aclarar lo de mi nacionalidad, pero recordé que Madeleine había contado algo sobre patronos que no devuelven los pasaportes y ya no puedes regresar.

Decidí que mejor no.

Además de la limpieza y el servicio de mesa, ayudaba en la cocina donde trabajaba Ignacia, una negra flaca y de poco hablar, que tenía las várices brotadas y un marido policía. Una mañana, desplumando un pavo, dijo que don Rómulo Gallagos vendría a cenar. Contó que un día había ido a felicitarla a la cocina, ella le había preguntado que cuándo iban a poner

sus novelas por la radio, y al maestro le había parecido que no era mala idea.

Teresa planchaba cinco días a la semana y los sábados ayudaba en la limpieza general. Era muy conversadora y nunca le faltaba colorete; por ella supe que don Román, el padre de don Carlitos, era compadre de Juan Vicente Gómez. No se sabe qué pleito tuvieron que el General Gómez mandó a poner preso a don Román y la madre de don Carlitos se mudó a Francia con su muchachito.

Cuando don Román salió de la cárcel y fue a ver a su hijo, la criatura ya era un mozo, entonces se lo trajo en un barco, junto con otros estudiantes y un montón de fusiles, a tumbar al gobierno; pero el General Gómez estaba avisado y llegando a Cumaná, los recibieron a tiros. En el puerto mataron a don Román. Don Carlitos miró todo eso desde el barco donde estaba con un tal Pocaterra, amigo de su padre. Huyeron a Trinidad; don Carlitos regresó a París, allá se casó y se vino a vivir a Caracas.

De la esposa de don Carlitos no se sabe mucho. Un día me ordenaron llevarle el desayuno a su habitación, me respondió los buenos días con un «*Bonjour*», pregunté si necesitaba algo más, respondió en francés y creí que me habían descubierto, pero no hubo reclamos.

La madre de don Carlitos vivía en la urbanización El Paraíso y sabía de espíritus. Digo eso porque una tarde, mientras cambiaba floreros en el salón, madre e hijo hablaban en francés mientras yo arreglaba una alfombra atascada entre las patas del sofá. La madre no paraba de hablar, don Carlitos tenía cara de fastidio y sacudía el periódico abierto, como quien sacude a un cristiano por los hombros. Escuché a la doña decir que el difunto don Román se había presentado y autorizaba

a su hijo a dar un golpe. Don Carlitos respondió molesto: «¡Por Dios, madre!». Salí inmediatamente a prenderle una vela a las ánimas. En el patio me encandilaron las luces de un carro, y era el señor Betancourt en traje blanco y sombrero panamá. Casi enseguida sonó el timbre, un señor de flor en la solapa saludó en francés y *madame* lo llamó «doctor Barrios».

Esa misma noche, el señor Antonio me ordenó que limpiara a fondo la biblioteca y el despacho del patrón y que los mantuviera en orden para recibir invitados.

Ahí empezó la cosa.

A la mañana siguiente, sacudiendo el polvo de los libros, salió un ratón, solté un *¡merde!* y reculé tumbando el taburete. Don Carlitos salió no sé de dónde, con una bata sobre el pantalón del pijama, despeinado y sin anteojos. Se arregló el cabello, sacó los anteojos del bolsillo y me preguntó de dónde era. Inventé que había nacido en Barlovento y seguí sacando cajas de libros. Preguntó por mis estudios. Dije que tenía certificado de primaria y me felicitó. Iba a contarle de otros cursos, pero él estaba ocupado en unos papeles. Yo sacaba libros de las cajas —estaba en lo que estaba— cuando sentí pasos, un zarandeo, su boca en la mía. Algo como una ola por dentro me alzaba. Quedé desmadejada y él salió arreglándose el cabello.

Dejé de verlo unos días. Un susto me aleteaba por dentro. Cuando desmanchaba el cenicero de mármol me parecía sentir sus dedos ahí, jugando con la ceniza. Limpiando las ventanas veía sus espejuelos y más allá sus ojos, que no sé si me miraron. En el cartón blanco del secante, entre los garabatos de tinta azul, creía ver mensajes en tamil. Ponía hortensias al jarrón de su escritorio, dejaba rajas de canela en su cenicero y cerraba la puerta como quien cierra una iglesia.

Una tarde, en la cocina, Ignacia me miró largo, escudriñándome. Esa noche no pude dormir. Mi hermano Bernard

me había escrito felicitándome por el diploma de secretaria. Me había enviado un paquete de revistas para que no olvidara el francés y recomendaba paciencia y responsabilidad.

Aquí cada tía recomendaba algo distinto: Alma no quería que dejara de estudiar, Guainía opinaba que yo debía decidir mis asuntos y Brisa se empeñaba en conseguirme otro trabajo. La abuela Modesta decía que sus hijas, aunque alborotaban como radiopatrullas, hacían el bien a todo el que podían. Cierto, pero en empresas y ministerios dicen que no hay cargos vacantes.

Madeleine tenía razón cuando me dijo: «Bájate de esa nube, mijita, aquí no hay secretarías negras». Decidí ahorrar para regresar a la Martinica; pero aquella noche se me hizo un barullo la cabeza. Tomando guarapo de tilo, caminaba pensando: en esa casa ganaba noventa bolívares al mes —veinte más de lo que cobraba en el restaurante—, tenía habitación, baño y escaparate. No podía estudiar de noche, pero ahorrraba todo. Tuve que dejar la pensadera. Todo era sentir a don Carlitos, sus brazos en mi cintura, sus manos caminando por mi cuerpo, su voz en mis orejas y aquello que ni te cuento. Era un solo temblor de vergüenza y alegría que no me dejaba respirar.

Para la siguiente reunión, Ignacia preparó carnes frías; el señor Antonio dijo que espabilara, me regañó porque la cofia estaba chata y ordenó disponer una mesa con quesos y frutas. Llegaron invitados franceses, conversaron sobre el fin de la guerra y unas bombas en Japón, hablaron de petróleo, y de una tal Petrofina. Después se dedicaron a leer números como si rezaran y fui a saludar a Teresa. Nos reímos con cuentos de la gente de su pueblo hasta escuchar que los franceses salían al pasillo y subí a buscar las bandejas. Vi a don Carlitos en la escalera, yo llevaba el plumero y él lo señaló diciendo algo de un baile. Al otro día, en su escritorio había una revista con fotografías de una negra llamada Josephine Baker, vestida de

plumas. Tenía el cabello corto. Ese mismo día, lo vi salir con su esposa. Agaché la cabeza, vi el pasamanos descuidado, cogí la caja de pulir y repasé la baranda escalones abajo. Entré a mi cuarto moqueando. Una ducha de agua fría me quitó la lloradera y me alborotó la rabia. Halé mi cabello con tanta fuerza que me quedaron mechones en la mano. Cogí las tijeras, podé aquella maraña y mi cabeza quedó como un coco seco. Tratando de calmarme leí la Biblia, pero no hubo salmo ni proverbio ninguno que enderezara mi entendimiento torcido, por causa de ese hombre blanco y ajeno. Ahora tú, con la misma vocecita como un pitido —que decía tu madre que le atravesaba el tímpano— preguntas que por qué lo llamaba don Carlitos.

Para mí era *monsieur* Charlie. Nunca lo tuteaba.

Mi madre echaba estrellas de anís en los tizones, diciendo que las palabras tienen un son y un camino y te pueden salvar o matar. Bernard y su amigo Franz escogían palabras como piedras en el río. Pasaban horas leyendo en el pretil de nuestra casa en Fort-de-France. Un día llegaron soldados de Vichy a la Martinica. Reclutaban hombres para la guerra y violaban mujeres entre los matorrales. La tarde que aparecieron en nuestro barrio, Bernard se escondió detrás del gallinero y Franz corrió. Dicen que esa noche fue a una isla vecina y se enroló en el bando de los aliados. Mi madre temblaba sentada en el baúl donde me había escondido.

Un mes después, llegó el pasaje que enviaron las tías desde Venezuela. Tú estabas con ellas cuando llegué a La Guaira. Parecías una ranita de cristal con aquel vestido verde, saltando de un lado a otro, tratando de adivinar lo que yo decía, mientras Guainía buscaba en su diccionario de francés. Pero este cuento se fue muy allá, niña.

Un día, don Carlitos me entregó un papel escrito a máquina donde decía que me esperaba el domingo a las nueve en la esquina de Llaguno. Me bañé en la madrugada con flores de cayena; en saya color guayaba y blusa blanca, salí taconeando muy oronda. Él esperaba con una camisa de cuadritos, gorra de pelotero y lentes oscuros. Paramos en un edificio en San José y apenas entramos al apartamento, preguntó:

—Yo sé que entiendes francés. ¿De dónde eres? ¿Por qué mientes? ¡Ah! *Oui, mademoiselle* lee *Tropiques*. ¿La cuestión social, tal vez?

No sé por qué me empeñaba en ver sus manos si eran las mismas que tantas veces había visto. Su cara era distinta, no sé. Pálida, torcida. Dije que era de la Martinique, pidió el pasaporte, dio un vistazo y lo guardó en su bolsillo. Siguió preguntando y yo callaba. Levantó la mano para arreglarse el cabello y retrocedí asustada. Como la negra sirvienta que era, agaché la cabeza. De pronto salió de mí la Cleotilde que siempre he sido y dije que mi padre se llamaba Guásimo Corrales, venezolano, difunto. Don Carlitos escuchaba callado y yo no lo miraba. Dije que había vivido con mi hermano y mi madre en la Martinica hasta que mis tías, Alma, Brisa y Guainía, me trajeron para que estudiara en Venezuela.

No sé porque hablé de ti y al nombrarte, se me aflojó el llanto.

Entonces lo escuché decir que aquellos nombres parecían un invento y casi le grité que mi abuelo opinaba que los nombres de sus hijos debían significar algo y sonar bien, como pedía no sé cuál escritor que él leía. Me miró con una ceja levantada. No supe qué decir, me pareció que no le gustaba que leyera y expliqué: Ignacia decía que ponían novelas por la radio y yo no tenía radio ninguna. Mi hermano recomendaba que no olvidara el francés, mis tías se empeñaban en que leyera y leer no me estorbaba los oficios.

Salimos en silencio, me dejó frente a la iglesia de Santa Teresa y caminé asustada hasta la casa de Madeleine, donde me quedé a dormir aquella noche. Ella me ofreció trabajo en el restaurant Grillet, pero yo no soportaba al dueño. Ese tal Marcel era muy grosero. Ella frunció su boca colorada y dijo que me cuidara porque ese patrón era pesado en el gobierno, podría preñarme y deportarme. Madeleine conocía a familias venidas de la Martinica. Había artesanos, sastres, pasteleros y hasta un gran joyero. El hermano de mi abuela llegó cuando el volcán Pelée destruyó el pueblo de Saint-Pierre. Después llegó la familia de Madeleine y mi madre.

En fin, aquel catire, por muy militar que fuera, tendría que entregarme el pasaporte o yo armaría un berrinche. Pero no hacemos lo que pensamos, tampoco lo que queremos, sino lo que podemos.

Ahora escúchame, Vera. Escudriñándome por dentro, como quien pela una llaga, te digo: yo lo que quería era que él me abrazara.

El día en que el señor Antonio informó que habría otros invitados en la biblioteca, no aparecí por allá. En la cocina preparé la mesa con canapés y ahí me quedé, aunque el señor Antonio, molesto porque a mi cofia le faltaba almidón, no paraba de hablar de las normas de la casa.

Eran gringos, hablaban en español machucado cosas de petróleo, del gobierno y de sindicatos comunistas. Cuando se iban, vi a don Carlitos arreglando su maletín en el escritorio. Salí tan rápido como pude por la otra puerta, pero me alcanzó en la escalera y entregándome el pasaporte dijo, sin tutearme, que no me preocupara, que todo estaba bien.

No respondí, no supe qué ni cómo.

Cada vez que sentía sus pasos me iba adonde no me viera. Hasta que una noche, tocó la puerta de mi cuarto. Le pedí que se fuera. Tartamudeó retrocediendo y luego avanzó diciendo que una tal señora Candelaria, amiga de su mujer, conocía a mi familia y me había recomendado para trabajar en esa casa porque yo hablaba francés. Estaba por decirle que no conocía a ninguna Candelaria, pero el nombre me sonaba. Entonces se vino a mí diciendo que apagara la luz y, sin que nadie lo convidara, entró, cerró la puerta y tumbándose en la cama, dijo:

—Vamos a ver, Cleo, tu cuerpo me va a decir la verdad.

Días después, me ordenaron acompañar a Juvenal, el nuevo chofer, a encargar una paella para veinte personas en el restaurante de mis antiguos patronos. Estando allá, sonó el teléfono. La esposa del dueño, muy ocupada, me pidió que respondiera. Era la madre de don Carlitos queriendo hablar con el doctor Gonzalo Barrios, que esperaba su llamada. Mientras hablaba oí decir: «*Pardon? Ah, oui, oui, le jeu est fait*». Hablaban de suertes echadas y cosas raras. De regreso, le busqué conversación al chofer y mirándome de reojo dijo que el señor Antonio y los dueños del restaurante decían que yo era una buena muchacha. Seguí callada a ver por dónde iban los tiros y según él, la paella era para una reunión con Betancourt y unos militares, dizque para tumbar al gobierno. No le creí. Ignacia y su marido me habían convidado al mitin de Acción Democrática, donde hablaría Betancourt. Al otro día, mientras planchaba la cofia, el señor Antonio tocó la puerta. Le abrí con los moños puestos y dijo que mi cabeza parecía una piñata de colores; se empinó a ver el cuarto y con una mano en la cintura, dijo:

—¡Ah, pero si ya tiene radio! Póngala para que oiga el zapero. Tumbaron al presidente Medina y don Carlitos está metido en eso.

En la radio, los alzados amenazaban con bombardear la Escuela Militar. Después pusieron música de iglesia y luego nombraron a la Junta de Gobierno: Betancourt, Leoni, el doctor Barrios y el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud. Escuché su nombre y apagué el radio, mijita. Esa bulla todo el tiempo fastidia.

Cuando Ignacia avisó que estaba listo el almuerzo, Teresa entró a la cocina diciendo que muy mal hecho que hubieran tumbado al presidente Medina, y el señor Juvenal dijo que la Junta haría elecciones y ganaría Gallegos. Teresa replicó que si Betancourt quería elecciones no se hubiera conchabado con militares de uña en el rabo. Ignacia no habló. Guardó su ración de arroz con pollo en una lata y mientras la cerraba, señaló el fregadero para que me ocupara y se fue.

Nadie mencionó a don Carlitos ni lo que haría en el gobierno. Me quedé barriendo la cocina y en esas estaba cuando el chofer se devolvió. Esperé con las manos en la cintura y la cara alzada y él, mansito, preguntó:

—Ña Cleotilde, ¿tendrá por ahí unas velas? Todas las que pueda.

Y yo:

—¿Qué será lo que usted quiere alumbrar a estas horas?

Contó que en el Palacio de Miraflores las cosas se habían complicado y estaban resolviendo asuntos de gobierno en una oscurana. Fui a buscar velas a la despensa, desde allá oí algo de unos musiús, pregunté qué clase de musiús eran esos y dijo que gringos.

Después que don Carlitos se convirtió en ministro, el trabajo en la mansión se hizo más pesado. Invitados que atender, preparativos para reuniones, guardias entrando y saliendo, a los que había que darles de comer. El jardinero se quejaba de

que la grama del jardín estaba hecha un asco. Más de una vez ensuciaron la ropa tendida. Teresa se enfermó de los pulmones y, además de la limpieza, me tocó planchar. Don Carlitos pasaba casi todo el tiempo ocupado en el Ministerio, fumaba mucho, encerrado en la biblioteca.

Pocas veces se aparecía en mi cuarto y yo, de tan cansada que estaba, ni siquiera quería. Una madrugada se presentó. Como cosa rara había bebido, alzó la voz y no me quedó más remedio que abrir. Insistía en quedarse y yo, asustada y molesta, lo desvestí para meterlo en la ducha. Él se dejó hacer, quejándose de unas personas que no tenían principios, que trataban de utilizarlo y creían que lo engañaban. Lo dejé un instante, corrí al cuarto de plancha a buscarle ropa y al regresar lo encontré acurrucado en mi cama, envuelto en mis cobijas. Angustiada por lo que pudiera pasar si amanecía en mi cuarto, le preparé un café, derramó un poco en el pijama y saltó dando un grito. Al fin logré que se vistiera, y subió a su habitación.

Di vueltas en la cama sin dormir. Imaginé la cara del señor Antonio, la voz de Bernard y los regaños de las tías si aquello llegaba a saberse. Dormí poco y al despertar había decidido trabajar en otra parte. Le dije a Ignacia que iba al dispensario médico y fui a buscar a Guainía a las oficinas de la Aeropostal; estaba en el taller de su marido y cuando llegué a la sastrería, tu padre estaba pegado a la máquina cosiendo trajes para unos diputados.

Nos fuimos caminando hasta El Pan Grande. Tu madre me convidó con golfeados y chocolate, y le conté todo de pe a pa. Ella me tanteaba preguntando si estaba embarazada y le aseguré que no, que lo único que necesitaba era un trabajo en otro sitio. Soltó una de sus famosas carcajadas y dijo que habría que oír a Caballo opinar sobre esas relaciones obrero-patronales. Quedamos en vernos el fin de semana en Maracay, para conversar en familia.

Estabas por cumplir quince años. Cuando hablamos por teléfono, comenzaste a gaguear contando lo del hijo de doña Mariana; algo me decía que las cosas no eran como tú las pintabas.

Cuando iba en el autobús, la neblina de Los Teques no dejaba ver bien y el frío me dio sueño. Pasaban enormes camiones cargados de madera y carretas de mulas llevando montones desordenados de caña chamuscada. Me dormí pensando en don Carlitos. Al despertarme en San Mateo, los penachos de los cañaverales se meneaban como saludándome, cuando los peones salían con sus aperos de aquella panza verde. Alguna risa que trajo el viento o el olor de las ramas que el bus rozaba en las curvas alborotaron mi antojo de regresar a la Martinica.

Al llegar a Maracay, desde la esquina de la botica pude ver la trinitaria roja sobre la empalizada, el resto del jardín no se parecía al de la abuela Modesta. Entré por la puerta del fondo y reconocí la voz de Caballo diciendo que Rómulo Betancourt le había hecho un favor a las petroleras sacando a Medina del poder. En el corredor, Alma, como si hubiera estado conversando conmigo, hablaba de cambiar la Constitución. Guainía me puso un güisqui en la mano y le gritó a Caballo que Medina le había negado el derecho al voto a las mujeres, que si era que aquí las mujeres no éramos gente. Los otros, sin hacerle caso, rodeaban a Caballo, que imitaba al jefe de una petrolera gritando insultos, pretendiendo entrar a la fuerza en el despacho del presidente Medina.

Las risas se apagaron, nos fuimos al patio y debajo del mango conté el asunto con don Carlitos, sin detallar lo que ellos podían entender o imaginarse. Rellené aquí y allá con algún invento donde hizo falta y en cuanto pude, me quedé callada, lo que tampoco fue fácil.

Alma comenzó diciendo que Venezuela era un país con poca gente preparada, que yo había estudiado mecanografía, taquigrafía, hablaba francés y debería tener un trabajo mejor. A Caballo le dijo que se moviera entre sus clientes para ayudarme a conseguir un sitio donde aprendiera algo y luego, delante de todos, me dijo que juntara bien las rodillas porque la masa no estaba para bollos. Enseguida comenzó un pleito —que tampoco faltaban— y escuché a Brisa decir que yo debía salir de aquella casa y asistir al liceo nocturno, que Alma no había entendido las charlas que había dado la doctora Portocarrero, que ¡ay, Dios!, el maestro Luis Beltrán Prieto lo que diría. Y hasta mencionaron los huesos de su hermano Guásimo. Al oír mencionar a mi padre, quise ir a prenderle una vela, pero Alma no paraba:

—Tal vez ese hombre la aprecia por lo que ella vale. Cleo es inteligente y educada; él es culto y sensible. Tal vez está enamorado —decía.

Caballo intentó enderezarse, pero no lograba levantarse de la hamaca y meneaba la cabeza como si le estuviera dando un ataque. Brisa gritó:

—¡No parecen cosas tuyas, Alma! Un hombre fino, de la crema de la sociedad, no se enamora de la sirvienta, se acuesta con ella, que es muy distinto.

Se metió Guainía y dijo que Delgado Chalbaud era lo único bueno que tenían los militares, educado en Francia, con buenas amistades. Y nombró a Gallegos.

Al fin, Caballo salió de la hamaca espantándose los zancudos con un periódico enrollado y dijo que no era el intelecto lo que el coronel usaba conmigo y que los derechos de las mujeres no se lograban por vía vaginal. Se dejó caer otra vez en la hamaca y continuó espantándose los zancudos.

Alma y Brisa no paraban de discutir, y aunque el problema era mío, no sabía qué pensar ni mucho menos qué decir.

En medio del barullo, oí que Alma le decía a Caballo que yo estaba enamorada y tenía libre albedrío, y Caballo respondió que yo no tenía libre albedrío porque estaba enamorada. No entendí ese embrollo.

Salí a ver qué haríamos para cenar. Encontré una media pechuga de gallina, que habían horneado para el almuerzo, y la desmenuzaba para rellenar dos berenjenas, cuando entró Brisa. Cerró la puerta de la cocina y anotó en un papel:

BOLSA DE GOMA

CÁNULA VAGINAL

MEDIA TAZA DE VINAGRE EN CUATRO TAZAS DE AGUA

Me puso el papel en el bolsillo del delantal y salió diciendo que luego me explicaría.



Vera

2008

El silencio aúlla, las miradas se arremolinan.
El viento gira en nosotros, rebuscando.
Voy a la infancia descalza y temblando.
Es urgente, duele.
Momentos como manchas de sangre,
amanecieron en las calles.
La llaga del prójimo era honda. Nada nuevo, por
[supuesto.
Los hombres del petróleo, los de abajo —digo— se
[alzaron en huelga.
Las mujeres entramos en aquella ola recogiendo
[espigas del mismo grano.
Hemos sido molidas y amasadas en la misma piedra.
Una misma ola nos levanta.
Una playa inesperada nos recibe y nos asigna un
[puesto en la batalla.
Como consecuencia, fustanes y angustias se decoloran.
El petróleo sigue fluyendo.

Cada día en algún lugar una guerra comienza.



II

Candelaria

1936-1944

Remo y yo nos conocimos después de la muerte de Gómez, en enero del treinta y seis. Yo paseaba con mi padre por Caracas y en la plaza Bolívar, nos detuvimos a conversar con Alma Corrales. Remo limpiaba sus espejuelos, mientras Irene Russián daba un discurso sobre el derecho de las mujeres a votar. Cuando nos presentaron, mi padre acaparó la atención del grupo, había salido recientemente del Castillo de Puerto Cabello, donde estuvo preso en condiciones muy duras y conservaba cierta serenidad y entusiasmo. Al despedirnos habló de dictaduras femeninas y Remo me guiñó un ojo. Yo era voluntaria en la Agrupación Cultural Femenina y trabajaba como asistente de un grupo de investigadores. Por las tardes comentábamos las noticias que abundaban; después de treinta años de dictadura, los obreros petroleros exigían mejores condiciones de trabajo y las mujeres, el derecho a votar; los estudiantes soñaban con una democracia que no conocían y el presidente López Contreras censuraba la prensa.

Un domingo, mi padre preguntó por mi noviazgo con Benigno y le dije que, poco antes de casarnos, habíamos discutido, se había ido y nunca regresó. Mi padre no hizo más preguntas y yo no le dije que nos habíamos casado poco después de la muerte de mi madre. Le habían dado un cargo en la aduana y nos fuimos a vivir a La Guaira, en una casa frente al mar. Todo iba bien, pero cada vez que yo hablaba de ir a visitar a mi padre en Puerto Cabello, él ponía cara de fastidio. Una mañana, en la iglesia, unas señoras ofrecían un rosario a Jesús en la columna, me invitaron a participar, y así me relacioné con un grupo de mujeres que abogaban por los presos políticos. Benigno me rogó que dejara de verlas, alegando que podría perder su trabajo, y decidí colaborar con ellas en secreto.

Tiempo después volví a plantearle el asunto a Benigno. Él no levantó la voz ni arrugó la cara, pero dejó claro que mientras yo viviera bajo su techo, no participaría en grupos así. Dije que tal vez tendría que mudarme y el muy ladino me abrazó, diciendo:

—Ay, Candelaria, mijita, no te pongas así. Lo que hay que hacer es ir al médico a ver qué te pasa que no has parido. A ti te hace falta un muchacho.

Al día siguiente, trajo una caja de *marron glacé* y un perfume de Caron y no habló más de mi padre.

Una mañana, cuando Benigno cruzó la esquina, hice señas al carretero de que me ayudara con las petacas; regresé a mi casa en Caracas, conocí a las hermanas Alma y Brisa Corrales y comencé a dar clases para obreras en la Agrupación Cultural Femenina.

A Remo volví a verlo el catorce de febrero. Por lo visto, San Valentín no estaba de humor aquel día. El rector de la universidad marchaba con los estudiantes, detrás iban los sindicatos

y al final íbamos las mujeres, entusiasmadas y nerviosas. En el trayecto se unieron otras, entre las que recuerdo a Josefina Ernst, Cecilia Núñez, Eumelia Hernández y Ana Luisa Llovera. Trina Larralde estaba muy enferma, Jesús Semprum acababa de comentar su novela *Guataro*, cuando supimos que ella había muerto.

Llegando a la plaza Bolívar, oímos disparos. Los obreros se detuvieron, uno de ellos cayó herido y otro gritó que estaban disparando desde la Gobernación. La gente corría de un lado a otro. Dos mujeres arrastraban a otra que sangraba; Eumelia y Josefina me llamaron y junto a la estatua de Bolívar, un hombre daba órdenes. Reconocí a Pedro Estrada, moreno, pelo engominado, policía de Gómez en Maracay. Salté un cerco de lirios y cuando iba hacia mis compañeras, Estrada se acercó, tocándose el sombrero, y pidió que nos retiráramos porque la situación era muy peligrosa. Le dije que no había razón de disparar a estudiantes desarmados y él habló de órdenes superiores. Repliqué, alzando un poco la voz:

—¿Órdenes de matar?

Nos rodearon y un obrero respondió chillón:

—Gua, es que cuando no hay hombre en la casa las mujeres mean parás.

Detrás de mí, otras mujeres exigían ambulancias y el cese de los disparos, y vi a Remo entre los estudiantes que avanzaban cantando el himno nacional. Más allá, junto al cadáver de un obrero cubierto con una pancarta, picoteaban las palomas. Dos enfermeros recogían heridos en parihuelas, envolviendo a los muertos en sábanas colgando como hamacas. Desde las escaleras de la catedral, Pedro Estrada, paltó al hombro, se abanicaba con el sombrero.

Al otro lado de la plaza, las mujeres nos sentamos a decidir lo que haríamos. Remo llegó preguntando si necesitábamos ayuda, iba en camisa, con el pantalón manchado de sangre,

y se fue enseguida en un automóvil que llevaba a un compañero herido. Varios días después llamó por teléfono ofreciendo una visita y dije que lo llamaría.

Nunca lo hice.

Nos vimos en diciembre, días antes de la huelga petrolera. Era un movimiento extenso y hondo. Una ola que movió a mucha gente. Cuando comenzaron las negociaciones con las petroleras, los estudiantes declararon públicamente su apoyo. Después, la Agrupación Cultural Femenina, otros sindicatos, liceos y artesanos se sumaron. A un caserón en la esquina de Sociedad llegaban las donaciones. Nuestro trabajo como voluntarias era organizar y empacar ropa, comida, medicinas y juguetes, que enviábamos a las zonas petroleras. Periodistas, políticos y activistas de otros movimientos sociales iban ahí a buscar información.

Remo estudiaba el último año de Derecho y estaba en la Federación de Estudiantes. Un día lo vi en el galpón. Caminaba como un gato viejo, con cierto ritmo y suavidad, mirando de lado a lado, como si todo le perteneciera y nada le importara. Irene comentó que lo había visto mirándome embobado, y recordó que yo lo había plantado meses atrás. Alma, en silencio, llenaba bolsas de frijoles y de pronto lanzó una perorata feminista, diciendo que las mujeres exigíamos espacios y derechos que luego nos daba miedo ejercer.

Al amanecer del otro día, cuando ya el aire azuloso y fresco de diciembre bajaba desde Galipán, me puse el vestido de punto color vino. Llegué al galpón, cuando Alma colocaba la vara de medir en un rollo de tela blanca para sábanas. Di vueltas sin ponerme el delantal, Cecilia me miró asombrada y Eumelia dijo, con su voz de cigarrón:

—¡Niña! ¿Y esa elegancia?

Dije que había invitado a Remo a almorzar en el Grillet y se quedaron lelas.

Nos encontramos en la esquina y caminamos al norte. En la falda del Ávila había un velo de luz rojiza. Remo se detenía de vez en cuando mirándome. Comenté la mancheta del diario *Ahora: UNA MIRADA AL PODER DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES*; él contuvo su orgullo, pero los ojos le brillaron. En el Grillet no había una mesa libre y los mesoneros iban de un lado a otro sin hacernos caso. Por entre tintineos de copas y cubiertos, oímos al musíu Marcel llamando a Remo y caminamos hacia el traspatio. Justo ahí estaba aquel taparo cargado. Amo ese árbol ordenado, limpio, casi humano.

Subimos a la terraza, donde había dos o tres mesas debajo de una trinitaria, y aquella tarde Remo me miraba como si me leyera. Comenté que *La Esfera* consideraba a la Agrupación Cultural Femenina un agente destructor de la familia, y él levantó los hombros, despreocupado, diciendo que aquello más que molestia lo que causaba era risa. Los tejados de las casas vecinas parecían recién lavados; una ceiba había sido tomada por una bandada de pericos y, mientras comíamos, Remo quiso saber algo más de las actividades culturales de nuestra Agrupación. Saltamos de un tema a otro hasta que oscureció sin darnos cuenta. Caminando de regreso nos besamos y no me sentí culpable.

El día en que los sindicatos declararon la huelga, doblábamos ropa cuando una muchacha desplegó *La Esfera* en el mesón. En primera plana, niños desnudos de abdomen abultado y ojos brillantes miraban a la cámara, desde una casucha de latón rodeada de aguas negras. En otras fotografías, había hombres trabajando con el cuerpo hundido en el barro. Mientras Brisa leía en voz alta, mi mente se detenía brevemente en escuelas, hospitales, sífilis, paludismo, tuberculosis, hambre.

La Agrupación Cultural Femenina propuso traer a Caracas a los hijos de los obreros para vacunarlos, y la prensa dijo que jugábamos a las muñecas. Las enfermeras y el sindicato de obreras textiles se incorporaron. Un médico del Hospital Vargas lo planteó en el Consejo. Se habló de un estudio para orientar políticas sanitarias y epidemiológicas. La Federación de Estudiantes se puso a la orden. Médicos y enfermeras viajaron a zonas petroleras, para censar y evaluar a los niños. Alma Corrales y yo nos ofrecimos como voluntarias y Remo se incorporó.

En Maracaibo nos recibió Olga Luzardo, una muchacha alta, de voz grave y mirada franca que estudiaba Derecho y leía a Gorki. Manuel Taborda y Max García nos acompañaron a recorrer pueblos, caseríos y campamentos. Lagunillas de Agua era un pueblo sobre el lago. Por entre un puñado de casitas encaramadas en estacas, las lanchas iban y venían llevando niños a la escuela, transportando frutas y vituallas al mercado, y obreros a los pozos. Ahí conocimos a Paul Riordan, un negro flaco, alto y derecho que vino a trabajar desde Trinidad como mecánico. Los gringos no lo aceptaban en su campamento y los obreros le ofrecieron alojamiento en el barrio, en aquel sitio que ya se conocía como el barrio de los importados de Margarita. Después, se casó con Mariana, la hija del lancharo Cruz Marcano, y se fueron a vivir a una casa en las afueras del campamento de los blancos. A Paul, los obreros lo llamaban respetuosamente Míster, pero sus cuñados le decían Compaimí.

Mariana se ofreció a visitar con nosotros a las familias de los obreros y algunos niños fueron tratados y vacunados en sus casas. Los más afectados fueron llevados a hospitales en otras ciudades, donde voluntarias de la Agrupación Femenina les dieron apoyo. En febrero de 1937, regresaron a sus hogares y poco después el gobierno decretó el fin de la huelga,

desplegando a la Guardia Nacional. Mientras tanto, la guerra se extendió por Europa. Al puerto de La Guaira llegaban españoles, italianos, alemanes. Éramos un país neutral, cuando dos barcos extranjeros —uno alemán y otro italiano— atracaron en Puerto Cabello pidiendo refugio. Los recibieron en casas de la ciudad y un mes después quemaron sus naves sin avisar a las autoridades.

En mayo de 1941, italianos y alemanes morían en las murallas de Tobruk, y Liverpool era bombardeada. Caracas celebraba la elección del presidente Isaías Medina. Meses después, se fundó Acción Democrática y Remo me invitó a una reunión. Brisa Corrales e Irene Russián me acompañaron. Lucila Palacios nos saludó en la entrada y luego escuchamos a Rómulo Betancourt hablar de un partido político «alejado de tiranías militares, que contribuyera a evitar los zarpazos del imperialismo»; se repartía un panfleto titulado *Un país en venta*, firmado por Betancourt. Irene trató de intervenir, la discusión se cerró sin que ella pudiera hablar y salimos al patio, desilusionadas. Brisa nos dijo que dejáramos de lloriquear y atravesó el patio acomodándose el moño, alisándose la falda. Regresó de la cocina con una bandeja de cervezas y albondiguitas.

Unas pocas estrellas se veían en el cielo, cuando Irene propuso que cada una hablara sobre el país que le gustaría tener y Brisa preguntó:

—¿El país que nos gustaría tener o el país que podríamos construir?

Irene me miró entre asombrada y divertida, mientras Brisa continuaba:

—Sí, mijitas. Porque hay una gran diferencia. Yo podría antojarme de un país como era Francia antes de la guerra, y a otras les gustaría más Estados Unidos hoy, con guerra y todo,

pero nuestro país no está terminado, no está listo. Le falta mucho, no hablo de petróleo y playas, me refiero a cuántos médicos hacen falta, cuántos niños desnutridos hay, cuánta tierra sin cultivar, qué deberíamos producir...

Por ese carácter, su hermana Alma solía llamarla «ventarrón». Había aprendido el oficio de enfermera trabajando con un tío cirujano, era la mayor de las Corrales, había visto a su padre dirigir la hacienda y parecía sentirse responsable del país entero.

¿Y tú, Vera? ¿Qué te trajo aquí? ¿Qué país quieres construir? ¿O eres de las que prefiere uno de película? Ya tendrás tiempo de investigar, analizar y opinar. Aunque nada de eso pueda salvarnos.

Recuerdo aquella vez que Remo me pidió que lo acompañara a ver el juego de béisbol que estaba de moda. No entendí mucho, pero traté de encontrarle sentido. Al salir, fuimos a cenar al Grillet. En el patio central, María Teresa Acosta y un trío de guitarras cantaban *Sombra en los médanos*. Remo comentó que éramos un buen equipo y no le di importancia, luego sonó un merengue caraqueño, salimos a bailar y al regreso, apenas nos sentamos, me dijo:

—Cásate conmigo, Candela, ya es hora.

Alma, la única persona que sabía de mi anterior matrimonio, lo vio todo fácil. «En Venezuela —dijo— hay divorcio desde hace cuarenta años».

Eso no me consolaba. Tendría que contarle la verdad a mi padre. Nadie se casaría con una mujer divorciada. Un matrimonio se hacía con una mujer que pudiera llevar velo y corona, alguien que tuviera intacto el himen que aquel velo significaba. Tuve que contarle a Remo. Lo otro habría sido huir de su vida como hacen los personajes en las novelas, y no era sensato.

Si le contaba podría ser que aceptara o se alejara discretamente. El día antes de su regreso a Monagas, lo cité en lo que había quedado del bosque de Altamira. Detrás de las casas en construcción, entre árboles derribados, me senté a esperar. Al fin llegó, sonriente y enérgico, proponiendo que camináramos, y le solté de un tirón:

—No puedo casarme porque estoy casada. —Enmudeció, lo vi transformarse como si se secara, parecía un papel arrugado.

—No te preocupes, Candela —me dijo—. Viviremos juntos si a ti no te importa, ya veremos lo del divorcio con calma. Conversaré con un colega que es discreto. Eso sí, es mejor que te mantengas al margen del partido por un tiempo.

Con mi padre las cosas fueron muy distintas. Yo preparaba una ensalada cuando le dije que me iría a vivir con Remo y él, carraspeando, arrimó una silla a la mesa diciendo:

—Estás loca.

Soltó un «¡carajo!» mientras daba vueltas por la cocina; me puse en guardia, dije que habíamos arrendado un apartamento y él, revisando alacenas como si buscara algo, se detuvo y dijo en un susurro:

—No entiendo. ¿Te parece romántico? Lo que falta es que sea casado.

—No, es soltero, y me propuso matrimonio —respondí—. Soy yo quien no quiere casarse, el matrimonio es una trampa. Mi madre y tú lo demostraron.

Encontró las pastillas que buscaba, se puso dos en la boca y entendí algo sobre incoherencias y barraganas. Di un golpe a la mesa, saltaron peladuras de cebolla y tomates, volaron cáscaras de papa y aguacate, y mientras barría aquel desastre iba diciendo:

—Esto sí es una incoherencia, tengo casi treinta años y debo estar bajo la tutela de un padre o un marido, como si fuera débil mental.

Entonces escupió las pastillas en la papelera y dijo con una voz ronca que apenas se oía:

—Ese señor te está utilizando.

Abracé la escoba mirándolo y él, meneando la cabeza, dijo, afónico:

—Vete ya.

Remo estaba en la hacienda, a dos días de Caracas, y no habíamos comprado los muebles. Tendí cobijas en el suelo y me hinché de llorar. Al amanecer fui al mercado. El pleito con mi padre había sido amargo y la cabeza me latía desde un hueco, sin argumentos. Ni siquiera ideas. El frío de la madrugada no ayudaba. Después de un café, decidí hacer compras para la semana. En un banco del mercado encontré a Alma Corrales leyendo la prensa, mientras Cleotilde, su sobrina, hacía fila para comprar leche y carne. Desde que la guerra había comenzado escaseaban la leche en polvo y la carne importada de Argentina. Las medias de seda habían desaparecido y otro de los pecados capitales era caminar por Caracas sin medias. Alma me mostró la crema que usaba para imitarlas y decidí que si las medias se me rompían o se moría la española que las zurcía, saldría a la calle con las piernas desnudas.

Al fin le conté lo ocurrido con mi padre y me regañó:

—Déjate de pendejadas, Candela. No te acobardes ante tu padre ni te pongas de pico y pata con él. Pero no lo dejes solo porque se muere de tristeza.

Tardé unos días en ir a verlo. Estaba mejor de la garganta, pero la espina del concubinato seguía intacta, y preguntó:

—¿Es acaso una apuesta?

Lo más serena que pude respondí que era por convicción y él insistió:

—¿Eres comunista? Ellos creen en el amor libre y entregan sus hijos al Estado.

Negué rotundamente, quedó pensativo, y a ratos insistía en el tema. Nunca le dije la verdad sobre Benigno, creo que se resignó a mi vida con Remo. Hablábamos casi a diario y parecía contento entre las tareas de la farmacia y una librería que frecuentaba, donde había hecho amigos, entre ellos, el cuñado de mi amiga Alma, un sastre comunista, agradable y divertido a quien llamaban Caballo.

Después del bombardeo a Pearl Harbor, Estados Unidos se incorporó a la guerra y en los campos petroleros el trabajo aumentó. Acción Democrática crecía, Remo escalaba posiciones tanto en el bufete como en la política y yo lo ayudaba gestionando encuentros, transcribiendo documentos, esas cosas.

Cuando Remo renunció a escribir sus artículos, comenté que era un disparate y él dijo sarcástico que si tanto me importaban, intentara escribirlos yo. Le llevé tres artículos míos a Izaguirre en *El País* y le parecieron bien, pero exigió un seudónimo masculino. Según él, un artículo de asuntos políticos escrito por una mujer jamás sería leído. Decidí firmar Adán Jurado. Remo se puso furioso, le angustiaba pensar en lo que dirían sus colegas y amigos del partido. Me dio un ataque de risa y se puso peor.

Un día, submarinos nazis atacaron nuestros tanqueros en Falcón. La flota *Mosquito* llevaba petróleo a refinerías de Aruba y Curazao, y fue atacada con torpedos. El *Monagas*, de esa flota, ardió frente a Carirubana y murieron treinta hombres. Se investigó la complicidad de alemanes residentes en el país. Hubo detenidos y ajetreos diplomáticos. Meses después se aprobó la Reforma a la Ley Petrolera, obligando a las compañías a declarar rentas y pagar impuestos y se habló de refinerías en Venezuela. Remo decía que las compañías estaban nerviosas. Poco después renunció a las asesorías

sindicales y comenzó a trabajar en el departamento legal de la Creole.

Una tarde fui al cine con las hermanas Corrales. Era una película con Jean Gabin y antes de regresar, fuimos a tomar helados. Al llegar, Remo estaba furioso por mi tardanza. Me llamó pitiática y lo acusé de cómplice en el daño a las organizaciones democráticas, que él había ayudado a fundar. Respondió que en política había que apartar escrúpulos para llegar al poder y el pleito se alargó. Durante días, hubo reproches, indirectas y malestar.

Una tarde, se me acercó con una copa de vino. Abrazos, miradas dulzotas, entradas para la temporada de zarzuela en el teatro Municipal. Me hundí en el escaparate buscando entre mis vestidos y no hallé ninguno apropiado. Como si en lugar de un traje necesitara otra vida, una de opereta como la de Luisa Fernanda, donde las diferencias políticas se resuelven tomando horchata en un baile con sombrillas. En el espejo me veía horrible.

Hay quien dice que las mujeres que piensan se ponen feas.

Vera

2008

Los campos no se habían vaciado por completo. Llevó años el desplazamiento, el desarraigo. Tardaba en disolverse la imagen del hermano herrando un novillo, se curaban las llagas de las garrapatas, las corocoras se decoloraban alzando el vuelo. Aprendíamos a bailar guaracha y a tomar malteadas, y las viejas palabras se nos escurrían por entre el alegre respuntar de una amistad reciente en un sofá como un nido de conoto.

Las viejas palabras seguían en la vida sobre el asfalto, en los nuevos edificios, en el neón. Palabras y frases que era necesario ir cambiando, algunas veces dolorosamente y otras con entusiasmo y empuje, según y cómo lo planteara el intercambio comercial y financiero. Éramos un activo importante. Una alcancía prodigiosa.

*

«A menos que las reservas de los Estados Unidos sean aumentadas significativamente en un futuro cercano, una posibilidad

poco probable, cualquier emergencia habrá de encontrarnos cortos en dos millones de barriles diarios, con solo Venezuela como fuente alternativa cercana, con producción de suficiente magnitud para cubrir el déficit».

MR. FIGOTT, funcionario de la División de Petróleo
del Departamento de Estado de EE. UU.
(21 de enero de 1947)

«Si no hubiese habido una cosa llamada petróleo, dudo que se hubiese dado una guerra global»¹.

HAROLD ICKES, secretario del Departamento de Interior de
EE. UU. para la Defensa Nacional,
durante la Segunda Guerra Mundial

¹ Margarita López Maya, *EE. UU. en Venezuela: 1945-1948. Revelaciones de los archivos estadounidenses*, Universidad Central de Venezuela, CDCH, 1996. (Fuente referencial de ambas citas).

III

Candelaria

1945

Remo ascendió en el departamento legal de la Creole y era candidato a diputado, pero las cosas no andaban bien entre los dos. Algo hondo, fuerte y sutil, como esas corrientes que en el mar nos alejan de la costa. En mayo del cuarenta y cinco, en un club de El Paraíso, celebramos. Acción Democrática negociaba con Medina un candidato único para las elecciones. Remo estaba en el grupo que acompañaría a Leoni, Betancourt y Barrios a conversar con Diógenes Escalante, nuestro embajador en Estados Unidos y candidato a presidente, propuesto por el presidente Medina. La Creole le dio permiso a Remo para ausentarse y le organizó una visita a la Standard Oil en Nueva Jersey.

Hablo de cosas que ocurrieron cuando eras despreocupada y feliz, Vera. Ahora es difícil explorar ese abismo que te enmudece. Espero que haya otros escenarios donde puedas refugiarte.

Por aquellos años, yo continuaba dando clases y publicando artículos en revistas y periódicos. Algunos de mis colegas

habían venido a la despedida y Remo me sorprendió invitándome al viaje. Algo pasaba. Una sonrisa cuando no venía al caso era una arruga entre nosotros.

Después que terminaron las reuniones con Escalante, Betancourt y Leoni regresaron a Caracas y Remo fue a recibirme al aeropuerto Idlewild. Nos alojamos en un edificio de apartamentos con geranios en las ventanas, cerca de Washington Square. Mientras me ponía zapatos cómodos y un vestido de algodón, Remo contaba que Rockefeller objetaba la candidatura de Escalante y pregunté:

—¿No era Rockefeller el dueño de la Creole?

Remo aclaró que, además, era jefe del Departamento de Asuntos Interamericanos del Gobierno de Estados Unidos y me contó que está enamorado de Venezuela, que comía pabellón criollo con baranda como cualquier negrito y disfrutaba la música llanera, pero que no le gusta Escalante como candidato a presidente; dice que carece de garras para enfrentarse a sindicatos y campesinos. Pregunté que cuál era el problema con Escalante y respondió:

—Huele a comunista.

—Tú habías quedado en que Medina era gomecista —le dije—. No veo de qué manera nos haría daño una candidatura unitaria, especialmente cuando los gringos parecen estar felices con Escalante y a todos nos conviene la propuesta de producir alimentos.

—Eso precisamente es parte del problema. Medina, con su cara de pendejo, está influenciado por los comunistas y Escalante no tiene bolas para manejar eso.

—Medina está a favor de la propiedad privada —dije.

No me escuchaba y decidí callarme, algunas veces funcionaba. Entonces explicó lo ocurrido en la Liga de Naciones:

—Molotov propuso relaciones con la Unión Soviética.

Creí que aquello era normal y no hice comentarios, pero el cuento continuaba:

—Rockefeller advirtió a nuestro canciller que Truman no aprobaba relaciones de Venezuela con los soviéticos y el canciller Parra respondió que eso era decisión de nuestro presidente. Rockefeller respondió tres groserías en castellano y el secretario redactó un informe acusándolo de expresarse en términos inapropiados.

Remo no se calmaba, caminó furioso hacia el salón, traté de llevarlo como pude, y mientras decidía si usar sombrero o lucir mi corte de pelo a la *garçon*, comenté que la respuesta de Parra no parecía irrespetuosa. Se puso peor y propuse salir a caminar un rato. Anduvimos por una avenida de anchas aceras y grandes almacenes. Me entretuve mirando trajes y sombreros y él continuó con el tema de Rockefeller, sus negocios y su amistad con Betancourt. Judíos en largos abrigos negros, con bucles y sombreros, nos miraban con curiosidad y Remo continuaba:

—Hay que entender que si Rockefeller se incomoda, si estornuda o se sofoca con el calor, tendremos que comernos el mene. Estados Unidos levantó el embargo a México y avanzó en Irak, tiene todas las barajas en sus manos y hará que nuestro petróleo no valga ni un centavo.

El calor y la humedad me sofocaban. Estados Unidos nos hacía una bravuconada y Remo recomendaba obediencia. La voz de mi padre resonó: «Yo no tengo bisagras en el espinazo». Confronté a Remo como pude. Pregunté si su actitud era parte de alguna estrategia, pero no respondió. Sonriendo, no sé si con sorna o misericordia, habló de sentido común y de suavizar el trato con nuestro principal cliente. Dicho así parecía razonable, pero bien visto, nuestro «cliente» tenía el mando absoluto. Le recordé lo del panfleto *Un país en venta*, propuesto por Betancourt, y se irguió acomodándose el pantalón,

diciendo que Acción Democrática había exorcizado al «sarampión juvenil del izquierdismo».

—Eso es madurar políticamente— explicó.

Comenzó a llover, abrimos el paraguas y el aguacero arreció. Las alcantarillas no bastaban y pasar de una esquina a otra era un lío. Al llegar al restaurante, la lluvia había amainado y se oía la música fresca y ligera de Glenn Miller, que nos miraba desde un retrato en uniforme militar. Remo, con su traje de lino chispeado de barro, iba delante de mí, siguiendo al *maitre*. Se había quitado el sombrero panamá y, al pasar debajo de los ventiladores en el techo, el cabello se le vino a la cara, enredándose entre sus lentes empañados.

Ordenamos un *whisky*, le pregunté si aquella experiencia con los sindicatos había sido útil en su nuevo cargo y puso cara de fastidio. Yo no podía competir con su experiencia en negociaciones, ni con su habilidad de retorcer ideas y conceptos, cambiándolos de color y posición como un ilusionista. Me dispuse a oírle cualquier cosa y por lo que dijo sobre nuestra huelga del año treinta y seis y la nacionalización del petróleo mexicano en el treinta y ocho, entendí que el interés en nuestra riqueza petrolera estaba en el punto más elevado. Después se hizo un silencio tranquilo y cómodo, hasta que llegó la comida y él habló de la visita a sus padres en Monagas. Dejó de llover y salimos a la calle sin rumbo fijo. Una iglesia con la estatua de un ángel a la entrada parecía atrapada entre dos edificios que se estaban construyendo. Obreros en las alturas llevaban cabillas y tablones como equilibristas y abajo, mujeres con sombreros chatos de medio velo asistían a un funeral. Finalmente, encontramos una fuente de soda y en el mostrador, el periódico recordaba la capitulación de los alemanes en el cuartel de Eisenhower. Una foto de media página mostraba barcos llenos de soldados regresando de la guerra. Era el 30 de julio de 1945. El Apollo Theater presentaba la

comedia musical *God is My Co-Pilot* y mientras Remo fue a comprar los boletos, leí un artículo reproducido del *Chicago Tribune* que comenzaba así: «La fuerza debe regir al mundo, por eso esta guerra y todas las que deben ocurrir».

Esa frase me iluminó dolorosamente. No quise pensar en algo tan definitivo y trágico, y dejé que la comedia me atrapa para un rato. Al llegar al apartamento me quité los zapatos, me apoderé del sofá y del *New York Times*. Sonó el teléfono, un hombre joven, de acento andino, pidió hablar con Remo. Era el coronel Pérez Jiménez.

En Caracas, meses después, mientras limpiaba a fondo la nevera, recordé el llamado de Remo a consentir a Rockefeller para evitarle resfriados o disgustos. Trataba de entender qué llevaba a Remo a suponer que un gruñido amenazante podía ser parte de una relación comercial conveniente. Tampoco podía olvidar que él no había mencionado el divorcio. Algo me sacaba de la vida de Remo y aunque teníamos diferentes maneras de ver el trabajo político, creía estar segura de que estábamos en el mismo terreno. Por otra parte, ¿cómo decidir el rumbo del país sin que Truman, Marshall o Rockefeller nos enseñaran los dientes?

A mediados de agosto, la campaña por la candidatura presidencial de Diógenes Escalante comenzaba. Ramón «Jota» Velásquez, amigo nuestro, era secretario de Escalante, y en septiembre anunció que el hombre se había vuelto loco. Horas antes de la campaña electoral, dejó de ser el brillante embajador que había sido, y enloqueció. Una señora, familiar de Escalante, comentó en una entrevista que él había sido un hombre saludable y lúcido, que días antes de salir a Caracas había sufrido un malestar gástrico y los médicos en Estados Unidos le prescribieron unas pastillas azules. Confirmada la demencia, el presidente Truman envió un avión para llevarse a nuestro exembajador a su país. A un psiquiatra de Florida

fue a dar el hombre que tal vez habría gobernado a Venezuela respaldado por dos grupos políticos, no muy diferentes en esencia.

Medina propuso a Ángel Biaggini, exministro de Agricultura, como candidato único para sustituir a Escalante. Tres días después, Betancourt negó su apoyo a Biaggini, porque «no se comparaba con Escalante, ya que este había tenido experiencia en los asuntos de la Casa Blanca, que era el sitio donde se resolvía realmente la política venezolana». Una discreta sumisión, para un mitin que finalizó gritando: «Acción Democrática es una organización política que aspira al poder, ¡a todo el poder!». Nada me hizo suponer en ese momento que aquella frase pudiera ser algo más que un desplante.

Remo se fue a una reunión del partido, y horas después llamó hablando de una crisis política. No regresó esa noche. A las seis de la mañana, Alma Corrales informó que los cuarteles estaban alborotados. Betancourt era el jefe de la rebelión y los hermanos Mario y Julio Vargas, militares amigos suyos, estaban entre los alzados. Me negué a creer que Betancourt estuviera en eso. Aunque me molestaran su voz chillona y sus palabras rimbombantes, reconocía su inteligencia y sagacidad, y lo que ocurría parecía un revoltillo peligroso. Recordé la voz de Pérez Jiménez al teléfono en Nueva York y como quien sigue los puntos de un dibujo infantil, fui engarzando conversaciones y frases hechas.

Aquel golpe de Estado tenía que haberse preparado mucho antes de julio, lo que me dejaba preguntas delicadas en relación a la entrevista con Diógenes Escalante y a su enfermedad. Decidí conversarlo con mi padre. Finalmente, nos reunimos en casa de las Corrales.

A media tarde se anunció la nueva Junta de Gobierno cívico-militar, integrada por Rómulo Betancourt, Gonzalo Barríos y Raúl Leoni, los militares eran el capitán Mario Vargas y el teniente coronel Delgado Chalbaud. Lo que no se mencionó por radio fueron los cargos de Llovera Páez y Pérez Jiménez en el Estado Mayor Conjunto, asunto del cual nos habló el sastre, explicando que esto último significaba que tendrían mando de tropas.

Brisa llegó con unas cervezas y nos invitó al patio para arreglar el mesón, mientras mi padre y el sastre se contaban los chismes escuchados en la farmacia y la sastrería. Para no quedarme atrás, comenté que había conocido a Delgado Chalbaud en casa de Gallegos, mientras ayudaba al maestro a organizar su biblioteca. Delgado y su esposa solían visitar a Gallegos a menudo y coincidimos varias veces en almuerzos en su casa. Era un buen lector, sensible y algo tímido. Pensé que su formación militar en Francia sería útil en la educación militar de nuestro país, pero Alma y mi padre opinaron que tal vez sería difícil el encuentro con oficiales nuestros formados en Estados Unidos.

Brindamos por el éxito de aquel experimento de gobierno y entramos de lleno a los medallones de pavo y las verduras. A mi lado estaba Guainía, morena de amplia sonrisa, esposa del sastre a quien nunca oí llamar de otra manera que Caballo. Después del almuerzo lo vi caminar por el patio. Era alto, tenía una leve curvatura en la espalda y caminaba con ritmo suave y elegante, entornando los ojos para mirar de un lado a otro. Más que caballo parecía un camello.

Dos días después llegó Remo, ojeroso y hambriento. Mientras comía, comenté mi desconfianza ante los militares y él dijo que eran excelentes oficiales, preparados en academias de Estados Unidos, y que Pérez Jiménez era un tipo serio

y comprometido. A mi pregunta de qué opinaba Betancourt de Delgado Chalbaud, respondió:

—Dice que es socialistoide, afrancesado, blandengue e indeciso, pero es el hombre sugerido por Gallegos.

IV
Cleotilde
1946

Los días en la mansión se me hacían largos esperando la llamada de Brisa. El trabajo se hacía pesado, Ignacia me dejaba la limpieza de los gabinetes y el señor Antonio exigía que además de planchar, pegara botones y remendara manteles. Estaba a punto de echarme a llorar, cuando por fin llamó Brisa. Tenía una amiga en el Ministerio de Sanidad y necesitaban una directora para un comedor escolar en la parroquia San José. Tendría que disponer los menús, dirigir personal de cocina y limpieza, hacer las compras y administrar todo. Dijo que ganaría bien, pero que tendría que aprender contabilidad y asistir a un entrenamiento. Tuve miedo, pero me compuse. Sabía que podría.

Cuando avisé que me iba, el señor Antonio cruzó los brazos, arrugó la cara y dijo que todos iban a lamentar que me fuera. Fui a despedirme de la señora, pero me dio vergüenza molestarla. Ya me iba cuando llamó pidiendo un té de camomila y dijo en francés que ya le habían contado lo de mi salida y que se alegraba por mí. Dije *merci, madame*, esperando que

me dijera que podía retirarme, pero ella seguía tomando su camomila y mirándome sin decir nada, hasta que preguntó si tenía algún enamorado. Sentí algo extraño y triste, pero me enderecé y le dije en francés que hasta el momento no me interesaba ninguno, pero que cuando regresara a la Martinica encontraría alguien con quien casarme.

Aquella noche don Carlitos se presentó en mi habitación. Abría las manos levantando los hombros, sin hablar, escudriñándome, como queriendo entender. Vio la Remington sobre mi cama, tecléo un poco, revisó carpetas, leyó renglones: peso, vacunas, menú semanal. Cosas así. Preguntó cómo lo había logrado y dónde viviría.

Dije que mis tías me habían ayudado siempre y que con ellas viviría. Entonces, sin despegar la vista de los libros en mi cama, sacó dos llaves sueltas que traía en el bolsillo pequeño del pantalón y me las dio diciendo que me podía quedar en el apartamento de San José, que estaba cerca de mi nuevo trabajo. Di gracias a Dios y él, hojeando un libro de cuentos que me había enviado mi hermano, y sin preguntarme si lo había leído, me dijo con la boca apretada y una ceja levantada:

—*Mademoiselle*, ¡usted leyendo a Maupassant!

Hizo una reverencia como hacen en el teatro y salió.

Al siguiente día, Ignacia me aconsejó que tratara de conocer a los marchantes y revisara todo para evitar problemas. Creo que ella sabía lo que pasaba con don Carlitos, pero nunca lo dijo.

El apartamento era pequeño: una sala de recibir con sofá verde muy moderno, una poltrona, lámparas color hueso, biblioteca con pocos libros y un tocadiscos. Parecía el consultorio de un médico. Cerca del balcón estaba la mesa de comer y en la habitación, algo de lencería que olía a madera, una chaqueta

y botas de montar. Aunque necesitaba una limpieza a fondo, la cocina no estaba mal. Días más tarde, me encargué del comedor escolar número siete, que atendía tres escuelas. Poco después, celebramos tu cumpleaños. En las mesas pusimos ramitos de nardos atados con cintas de raso y unos manteles que cosió Caballo. Muy bonita estabas, con un vestido entallado a la cintura y los cabellos rizados. Doña Mariana y su hijo no aparecían y te mordías las uñas. Llegaron y me fijé en Fedor —un moreno fino de ojos aguarapados—, Brisa y yo los invitamos a nuestra mesa y Guainía se hacía la desentendida y nos miraba de reojo. ¿Tú? Embobada, mijita. Ni siquiera hablabas. Brisa le buscó conversación a doña Mariana y supimos que el muchacho era aprendiz en la Creole y hablaba inglés como su padre. Después te vi bailando con otro muchacho, Alma dijo que trabajaba en *Últimas Noticias*.

Cuando les conté a las tías lo del apartamento, al principio me regañaron muy asustadas y después se echaron a reír. En una ocasión encontré a don Carlitos instalado en el apartamento silbando *La vie en rose*. Algo me incomodó, como si él hubiera entrado sin permiso. Se reía como sin ganas, le ofrecí un trago mientras preparaba la cena y se dedicó a mirar libros. Yo había colocado ahí los míos, regalo de las tías y de Caballo, y comentó:

—Su biblioteca es variada y contradictoria, *mademoiselle*.

Sentí que algo le desagradaba y que no funcionaría. Pensé en alquilar una habitación donde las hermanas Monge, pero él sintió que algo me molestaba y lo conversamos largo rato.

No, niña, no se me ocurrió pensar en eso. Nunca supe qué lo llevaba a buscarme, a estar conmigo, a enseñarme. Creo que él tampoco sabía, pero se sentía cómodo.

Aunque en ocasiones no aparecía por allá, y ni siquiera llamaba, muchas veces Juvenal pasaba con algún mensaje, frutas, flores y cosas así. Otras veces, él mismo llamaba

preguntando si podía quedarse varios días, y llegaba cargado de libros y exquisiteces. Leía en voz alta poemas y ponía música. Yo aprovechaba para limpiarle las manchas de nicotina de los dedos y para preguntarle cosas. Una vez salimos juntos en su automóvil y me dio clases de manejo. Otro día preguntó sobre los comedores escolares, pidió nombres y teléfonos de funcionarios. Quería modernizar los comedores de los cuarteles y de las escuelas militares. Tenía la idea de sacar a los pobres que vivían en ranchos bajo los puentes y construir urbanizaciones para ellos.

Sobre el maestro Rómulo Gallegos conversamos en dos o tres ocasiones. Una tarde, habló largo rato de la novela *Canaima* y después me la trajo recomendando que la leyera. Otra vez, hizo una llamada no sé a quién, habló en francés y mencionó a Gallegos, en relación con una refinería. Después se enderezó en la poltrona diciendo que el maestro Gallegos en aquel momento no tenía responsabilidades de gobierno.

Yo no pregunté.

Algunas personas creían que don Carlitos era socialista o comunista, tal vez pensaban eso porque les parecía rara su manera de pensar y expresarse, otros porque no lo entendían y otros porque lo creían tonto. Pero no. Digo porque Caballo, que todos sabemos que es comunista, habla principalmente de obreros y campesinos, de sindicatos y burgueses; aunque él no es ni uno ni otro, sino sastre y de esos no he sabido yo que tuvieran patrón ni hicieran huelga ninguna. A mí me parece que don Carlitos es más bien lo que Caballo llamaría un burgués, aunque en ocasiones hablaba con guardias y choferes imitando sus groserías y refranes, se equivocaba empatando unos con otros y decía disparates: «Morrocoy no sube palo aunque le puyen los ojos», «Camarón que se duerme se esnuca» y cosas así. Nunca supe que don Carlitos defendiera trabajadores ni que le importaran mucho; tampoco creo,

como decía *La Esfera*, que tuviera trato con los rusos. Cierto que don José Rafael Pocatererra era como su padrino y fue embajador en Moscú, pero vaya usted a saber si eso tiene algo que ver.

Un día que yo estaba cansada y no quería nada de nada, fue él quien preguntó cómo iban las lecturas, si había recibido algún libro y cosas así. Fue cuando se llevó prestado el libro del poeta Aimé Césaire, que me había enviado Bernard. Cuando lo atormentaba el trabajo de gobierno, olvidaba llaves, espejuelos, pluma fuente. Cualquier cosa. Un día, al llegar, sentí olor a quemado. Revisé el apartamento y lo encontré acurrucado en la orilla de la cama. Se había dormido fumando y el cigarrillo quemó la alfombra. Al llamarlo, se levantó de un salto diciendo que tenía días sin dormir. En la madrugada habló dormido de unos fusiles que caían al mar, se sacudían y ladraban como perros. Habló de su padre. En el sueño, una mujer con la cabeza desgonzada como una muñeca rota hablaba una lengua extraña. Otro día habló de sus estudios en Saint-Cyr y dijo que en este país necesitamos una maquinaria de Estado que rodara sola. Pregunté qué máquina podía ser esa que se manejara por su cuenta, y dio un suspiro tan grande que pensé que le iba a dar algo.

¿Tú también con eso, niña? De petróleo no conozco. Se me ocurren cosas, pero no tengo la habilidad ni los conocimientos para expresar lo que sé, lo que pienso y lo que siento, que conmigo esos tres no siempre andan parejos. Ya ves tú los franceses, no sé qué buscaban con don Carlitos si son los gringos los dueños del petróleo y del coroto. Pero don Carlitos y yo no hablábamos de esas cosas. Aunque sé que él lo consideraba importante, o tal vez por eso mismo. Me parece que él trataba de no fastidiar a los gringos con ese asunto. No tanto —digo yo acá— porque creyera que ellos llevaran razón, sino porque pensaba que teníamos

que estar conscientes de nuestras propias fuerzas. Sin embargo, él arriesgó demasiado. Pero ese es otro cuento.

Un domingo por la mañana, abrí la ventana del balcón y vi el Citroën rojo estacionándose en el callejón. No lo esperaba. Me había lavado la cabeza con agua de cují y me puse moños de seda. Cuando las llaves tintinearón en la puerta, corrí a ponerme una pañoleta. Entró dejando una cesta de frutas en la mesa y de pronto sentí un fogonazo. Había traído una máquina de fotografiar. Me arranqué el pañuelo y grité que parara, pero él se reía y me perseguía. Mi abuela Aimana decía que esas luces agriaban el espíritu, y aunque Bernard y las tías no crean en esas cosas, nunca se sabe. Él siguió tomando fotos y le pedí que me tomara las que luego le envié a mi madre en Fort-de-France, unas con mi vestido nuevo de flores azules, medias de seda y zapatillas de tacón.

Días después, al regresar del trabajo, me detuve en la panadería y vi a Juvenal en la puerta del edificio. Venía a decirme que su coronel se había caído del caballo y lo iban a operar. Fuimos al Hospital Militar. La pierna le colgaba de un aparato y tres médicos lo rodeaban. Esperé en el pasillo, cerca de dos jóvenes militares franceses que llevaban un paquete de revistas y una caja de dulces. Uno de ellos comentó que Venezuela era colonia de Estados Unidos, el otro alzó la voz y dijo un «no» en voz alta, y el otro, avergonzado, dijo que estaba confundido por las tiendas con nombres en inglés. Cuando las visitas se fueron entré a la habitación. Tuve deseos de abrazarlo, pero me contuve; le ofrecí lavar y afeitarse y respondió de buen humor que se haría como yo quisiera. Ordené la habitación y en el puesto de enfermeras, dije que el ministro necesitaba un escritorio y una lámpara. Llegaron los empleados con los muebles, y sus perros, que estaban

debajo de la cama, salieron a olfatearlos. Ese día me contó que el embajador le había ofrecido tratarse en un famoso Hospital Militar de Estados Unidos. Le pregunté si se atendería allá y dejó caer un brazo fuera de la cama, acarició a uno de los perros y dijo: «Nones».

Mientras lo afeitaba, le iba contando lo que habían dicho los militares franceses sobre el chicle y la Coca-Cola y de pronto levantó la mano para que detuviera la navaja, y acomodando —por fin— el refrán, dijo: «Esos mozos saben más que perro de ciego», y cambió de tema. Le entregué el frasco de agua de colonia y puse el espejo frente a su cara. Tenía los ojos tristes. Un médico entró a saludar y los perros volvieron a levantarse. Salí al pasillo y me quedé mirando cómo el sol se iba poniendo cada vez más rojo. Entré a despedirme, Carlos me pidió que esperara un poco, que habría un cambio de guardia y el chofer me llevaría.



Vera

2008

Tendidos en patio de plenitud
nos guarecemos en el vacío.
Somos en el prójimo.
Olfateamos verdades machacadas.
Tanteamos el aire tibio
de quienes se atrevieron.



V
Candelaria
1946

La tarde que me ofrecieron el trabajo en el Ministerio de Agricultura tuve dudas. Coincidió con el ministro Montilla en la visión agraria, pero me preocupaba trabajar con militares. Después, las declaraciones de Gallegos en relación al golpe de Estado: «no es mi modo de hacer las cosas, pero participaré responsablemente». Me llevaron a otra conversación con Montilla y decidí aceptar.

Hablar con Remo sobre mi decisión fue más difícil. Su trabajo en la compañía era muy exigente, luego estaban sus tareas de partido y los negocios de su familia en Monagas. Me ocupaba de las tareas de la casa, lo ayudaba en diligencias, transcripciones y cosas así. Sabía que no le iba a gustar y me sentía culpable, pero quería aquel trabajo complejo y difícil. Creía en mi experiencia en la Cultural Femenina y en lo aprendido con los sindicatos petroleros. Me apasionaba el Llano, habría que improvisar y era riesgoso, pero como suele ocurrir, no imaginaba cuánto. Disponer de dinero regularmente era importante. Logré hablarle sobre una posibilidad

de trabajo fijo, levantó la vista de la carpeta que escudriñaba y en un esfuerzo por comprenderme, dijo:

—Ajá, cuéntame, Candela, ¿qué hay?

Desde la cocina dije que iría a la Escuela Práctica de Agricultura y a la Normal Rural de El Mácaro, seguí dando explicaciones y de vez en cuando miraba su nuca bien afeitada, su cabello revuelto y la luz del sol en sus manos. Imaginé que diría algo como: «¡Qué vaina, Candela! ¡Yo contaba contigo!» o «me preocupa que andes sola por esos andurriales». Pero ambos seguíamos sin hablar. Había dado el primer paso y traté de animarme: «¡Vamos, Candela! ¡Tú eres mujer de avanzada!»; pensé en carreteras en mal estado, baños sucios, zancudos, paludismo.

Caminé hasta el sillón y le dije que había aceptado el cargo ofrecido por Montilla. Levantó las cejas, entornó los ojos como si yo lo encandilara y frunció los labios, resignado, pero no habló. Sentí que detrás de su silencio estaban las comidas, y su comodidad. Su desayuno con huevos fritos «ni tan cocidos ni tan crudos». Estuve a punto de decirle, como una buena madre, «no te preocupes, amor, dejaré algo de comida preparada», pero pensé: «Ah, no, mijito, déjate de pendejadas. Yo no voy a renunciar a mi vida». Decidí callarme.

—Está bien, Candelaria, me acostumbraré. Sobre la marcha nos organizaremos —dijo al fin.

El viaje fue largo y complicado. A mi regreso, la casa vacía parecía tener semanas así. Remo estaba con su familia en Monagas, había una nota diciendo que su padre estaba enfermo y tendría que resolver allá varias cosas. Lo otro era un jarro con flores desgajadas, las colillas rebosando el cenicero, periódicos viejos y toallas en el sofá. Me asomé al balcón, había llovido. El aviso de Aeropostal se leía en un charco

que la gente evitaba mientras trataban de alcanzar el autobús. Pensé en lo que habría que limpiar, lavar y planchar. Remo se negaba a contratar una empleada para los oficios de la casa y yo no estaba en ánimo de discutir. Hablaría con Pura, la vecina que planchaba en su casa. Fui a la cocina a preparar un café y a comer algo. Más de la mitad de la vajilla nadaba en el fregadero. Encendí la radio y metí con asco las manos en el agua sucia.

La marimba del noticiero anunciaba conflictos en zonas petroleras. Din, don, din. Marineros petroleros exigen derecho a sindicalizarse y a un contrato de trabajo. Din, don, din. Un rosario de pueblos clama por agua, en Lagunillas... Din, don, din. No escuché más. Mi querido Compaimí saltaba envuelto en llamas. La imagen de Paul Riordan con sus lentes de pasta y su sonrisa blanquísima no me abandonó durante un rato. Mi padre me había llamado al hotel en San Fernando de Apure, para avisarme que nuestro amigo había muerto en una explosión. Remo ofreció enviarle un telegrama de pésame a Mariana y a su hijo Fedor, pero aclaró que no podría hacer nada en cuanto a indemnización. El resto del día me dediqué a limpiar la casa.

Cuando supe que Mariana vendría a Caracas y se alojaría donde las hermanas Corrales, me puse en contacto con Alma. Mariana me había comentado lo mucho que amaba a Caracas. Yo no entendía ese encanto, digamos que vivía y disfrutaba de la capital sin detenerme a pensar en eso. El Ávila y su luz, eran cosas de poetas. Mi padre decía que esa luz era la de neón, que compraba el petróleo.

A ver, niña, ¿te has dado cuenta de lo que ocurre en los centros de Caracas? No hace muchos años comenzaron a poblarse.

Día a día llegaban a la capital ricos hacendados convertidos en comerciantes, campesinos sin tierra, familias enteras con sus trastes y animales. La mayoría buscaba trabajo, escuelas,

médicos. Quienes no tenían forma de adquirir viviendas, hicieron sus casas en el cerro. Abajo, en la ciudad, los automóviles eran cada día más numerosos. Máquinas enormes taladraban huecos donde encajar pilares para sembrar autopistas y edificios. Al mismo ritmo, aparecían manchones entre el follaje, peladuras de tierra amarilla, techos de zinc y chorros de aguas negras. Hubo uno que otro jaleo en la prensa y propuestas de solución: desde el desalojo a plan de machete, hasta urbanismos aéreos, pero las casitas continuaron reproduciéndose.

Una mañana, en mi oficina, encima de la carpeta de recortes de prensa, encontré un folleto con sello oficial y una nota: «Se les exhorta a estudiar este plan ideado por un empresario amigo de Venezuela». Me anoté en la lista para revisar el documento, lo hice circular y me dediqué a leer notas de prensa. *El Nacional* mencionaba el petróleo como factor básico de la economía mundial, y en la nota de la UP se hablaba de «un pueblo que extrae y vende sus riquezas, pero no produce alimentos». Entrevista al ministro Pérez Alfonzo de visita en Washington: «Diez millones de dólares trae Venezuela para comprar directamente tractores y maquinarias agrícolas».

Cerré la carpeta de noticias. Me enfoqué en el informe. No fue fácil traducir al lenguaje burocrático lo vivido en Barrancas. El río Apure inundó casas y siembras, arrastrando personas, animales, árboles y todo tipo de muebles. Estábamos obligados a detallar el número de fallecidos especificando causas. No teníamos médico forense, había cuerpos enterrados en el barro, picados de culebras y mutilados por caimanes. Identificábamos casos de niños muertos por el grito que daban las madres —agachándose como si se vaciaran—, al encontrar a sus hijos río abajo entre raíces, bajo los escombros del rancho o enredados en algún caño. En la curiara escuchábamos los cuentos:

—Ni siquiera llovía, sentí el agua entre las alpargatas y corrí a buscar a la niña.

Marcial, un estudiante convertido en ayudante voluntario, preguntó:

—¿Qué harán con estos informes, doña Candelaria?

Respondí según mis esperanzas y en contra de mis experiencias para no desalentar a Marcial, que se esmeraba al preguntar: «¿Cuánto valen un burro y una chícura, mi don?».

«A sigún», respondía el viejo, y Marcial anotaba una cifra estimada que yo sabía inútil «para los fines consiguientes».

A las seis de la tarde llegamos a la plaza. Encendimos chamicas y bosta de vaca contra la plaga, circuló una botella de aguardiente, trajeron pisillo de chigüire y casabe para todos; y Aurelia, trabajadora social y compañera de viaje, nos presentó a un baqueano apodado Gonzalito. Interrogamos sobrevivientes: doña Casimira perdió un telar para tejer chinchorros y dos cajas de ciento veinte piezas cada una de hilos de tejer. En casa de su vecino desaparecido había un caballete para tallar monturas. Otros habían perdido aperos de labranza, arpas, bandolas, azafates. En las planillas no se previó el caso de niños que perdieran a sus padres, tres huérfanos fueron adoptados por vecinos sin que oficialmente quedaran registros. Resumí recomendaciones: vacunar, fumigar, reubicar. Tractores y rastras, tanques para agua, tuberías. Embalse, canales de riego, centro de salud, escuela.

Tú sigues enmudecida. Sigo contando porque—ya que no te has ido— supongo que quieres oírme.

El secretario comentó que el asunto de los tractores era viejo. Más de cuatro años atrás, durante el gobierno de Medina, también se había intentado la compra en Estados Unidos. Hubo infinidad de notas y visitas a la Embajada, pero nunca se concretaron las ventas. El acuerdo comercial con Estados Unidos nos obligaba a comprar en aquel país desde lápices hasta

asesoría militar, pero no maquinarias agrícolas ni bombas de agua. En Washington, el presidente Medina planteó el asunto en un discurso ante el Congreso. Su conocida frase: «No pedimos nada que no podamos pagar», fue comentada en la prensa de ambos países. Los tractores nunca llegaron.

Faltaba poco para terminar el informe cuando atendí la llamada de Mariana. Nos vimos cerca de la oficina. Llevaba un vestido de algodón azul, un *sweater* negro y sus trenzas enrolladas en un moño. Su única concesión a Caracas eran las medias de seda y una cartera. La muerte de Paul la había cambiado, su mirada seguía siendo enérgica y directa, pero ahora tenía un surco, como un acento entre las cejas. Habló de los años de la guerra: la producción se había intensificado y los barcos «tanqueros» no iban a los astilleros; las reparaciones menores se hacían en Venezuela.

Paul Riordan trabajaba diez horas diarias con un grupo de veteranos y dos novatos. Un ingeniero gringo, a quien Paul apreciaba, le sugirió que renunciara. Días después, un dirigente sindical se cayó de una torre de perforación. Las correas de seguridad estaban cortadas con cuchillo. Sentí que no debía hurgar en aquella herida y aun así pregunté qué sabía de la explosión.

—No —me dijo—. ... No hubo otras víctimas. Sus compañeros dicen que no trabajaban con explosivos. No encuentro razones. Es como cavar en la nada.

Caminando por los alrededores, le hablé del trabajo de Remo en la Creole. Le recordé que él estaba del lado de los gringos, pero que ayudaría en diligencias menores, y ella me interrumpió diciendo:

—Conozco a las petroleras desde que nací. No indemnizan para no sentar precedentes ni se dejan investigar.

—¿Y tú qué quieres, Mariana? —le pregunté de golpe.

En un gesto como de llanto, se tapó la cara y dijo sin verme:
—Quiero nuestras vidas.

No supe qué hacer ni qué decir. Pregunté por su hijo Fedor y dijo, mirándome con tristeza, que había tenido que dejar los estudios de bachillerato en Maracaibo y trabajaba como aprendiz de mecánico en la Creole.

Antes de llegar al ministerio me topé con Gonzalito, el baqueano que habíamos conocido en Apure. Era pequeño, delgado y oscuro, con el cabello liso y canoso atado en una cola de caballo. Parecía un palito quemado. Compraba en Caracas artículos de caza y pesca, repuestos para lanchas, neveras o automóviles. Del Llano traía chinchorros, palometas, queso, manteca de raya y chigüire salado. En época de lluvias se quedaba en el Llano, recorría los esteros en curiara, cazaba sapos que se usaban en laboratorios para pruebas de embarazo y, en unas cajas de alambre tejido, traía culebras vivas. Un boticario en La Victoria compraba las venenosas para elaborar antídotos y los comerciantes de granos en Villa de Cura adquirían las cazadoras para eliminar roedores. Era voluntario en campañas contra la malaria y colaborador en las inundaciones. Un hombre útil.

Cuando regresamos a la oficina, tomamos café mientras el ingeniero contaba lo que había leído en el folleto enviado por el ministro. Era una propuesta del señor Nelson Rockefeller, que consistía en vender acciones para una red de supermercados en todo el país. Tuve la sensación de que la realidad estaba en otra parte. El meollo de la propuesta era que eliminando las bodegas de barrio bajarían los precios, pero no se hablaba de producción ni de importación. Sin embargo, Gonzalito dijo haber visto un fundo privado, gringos, vaquillas blancas, camiones y maquinarias grandes. ¿Podría servir el Plan Rockefeller para conseguir tractores?

Esa tarde regresé a casa esperanzada. Compré un ramo de gladiolas a buen precio y apuré el paso porque iba a llover. Pura —mi vecina— me alcanzó en la escalera, diciendo que la ropa estaba lista. Me instaló en la sala de su casa con un dulce de higos con natilla y, mientras hacía las cuentas, hablaba de la manifestación contra el decreto que eliminaba el catecismo en las escuelas públicas. De vez en cuando, se santiguaba con el lápiz en la mano y decía:

—¡Ese hombre de orejas tan grandes debe ser comunista! ¡Mira que apartar a los críos de la Iglesia! ¡Que se apellida Prieto y es negro como la noche!

Pura dejó el periódico en la mesa y fue a buscar las camisas. Desde el cuarto insistía en que mirara las fotos, así que, disfrutando los higos, pude ver señoras llevando velas, caballeros con carteles, niños en batas de satén azul y alas de cartón y un mar de cabezas y carteles contra el decreto. Nuestro amigo, Luis Beltrán Prieto —ministro de Educación—, estaba en un lío.

Continué disfrutando la natilla mientras leía titulares, y una nota llamó mi atención. Seis habitantes de la campiña francesa habían desarrollado una demencia súbita. Jóvenes saludables enloquecieron, después de ingerir pastillas azules obsequiadas por extranjeros. A mi mente llegó enseguida el rostro moreno y perdido de Diógenes Escalante, en la ventanilla del avión de míster Truman.

Le pagué a Pura, agradeciéndole mucho, y al abrir la puerta de mi apartamento, escuché la regadera, vi huellas de barro y en la cocina, dos saquitos de café en grano y el cuarto trasero de un venado pequeño. Dejé la cesta de ropa en la cama y entré al baño a saludar a Remo, que se duchaba. Me recibió con tremenduras que terminaron en bochinche. Quise hablar de las pastillas azules, pero me contuvo el pudor. Se trataba de un asunto tan absurdo que no supe manejar; pero nunca olvidé aquellos dos episodios de pastillas azules y locuras.

Aquella noche, mientras Remo leía y comentaba la prensa, yo amasaba la carne que había molido con ajo y pimentones asados mientras pensaba en alguna fórmula para ayudar a Mariana. Fui al comedor a buscar el vino de Marsala. Evitaría hablar de indemnización por la muerte de su marido, podríamos sugerir que la empresa donara una escuela a la comunidad. Probé el vino y añadí medio vaso a la mezcla, incorporé trozos de pan reblandecido en leche y amasaba hundiendo en la carne aceitunas y pasitas. Remo, mientras tanto, comentaba la prensa:

—Inauguraron la autopista del Este, Candela. ¿Has pasado por ahí?

Y yo:

—Nones.

—Mañana iremos —respondió.

Seguí preparando la ensalada, mientras él comentaba algo sobre la Bolsa de Comercio de Caracas. De pronto, alzó la voz:

—Ah, ¡por fin! Aprobado por el gobierno el Plan Rockefeller.

El vino me había puesto algo lenta y me esforcé en recuperar el hilo: Rockefeller había estado en Monagas, donde tenía una hacienda, Betancourt y Remo habían ido con él de cacería mientras hablaban de aquel plan de varios millones de dólares. No imaginaba a Rómulo en cacerías de ese tipo. Algo de envidia se coló entre mis razones. Imaginé un encuentro con Rockefeller y Betancourt, sería interesante contrastar planes del gobierno y de la empresa Venezuelan Basic Economy, propiedad de Rockefeller, con nuestra experiencia en el campo. Y mientras yo soñaba pendejadas, Remo se afincaba:

—Ya verás, Candela, Rockefeller dice que con ese plan habrá resultados inmediatos.

La idea de los supermercados no me parecía mal, lo que no veía era cómo llegar ahí si no había planes de producir alimentos. Tendríamos que continuar importándolos. Los galpones refrigerados de los supermercados incrementarían los precios. Tampoco veía cómo campesinos organizados o pequeños y medianos propietarios podrían producir. Hablé de reforma agraria. Remo tembló:

—Nada de reforma agraria, esto es una re-vo-lu-ción agrícola, Candela. Hay que abolir esas bodegas de barrio con alpargatas y ristras de ajo colgando.

Recordé las bodegas que olían a cuero, a comino, a tabaco. Vendían sogas, linternas, frijoles, chinchorros, queso, escardillas y hasta pajaritos en sus jaulas, pero no estábamos para nostalgias, habíamos visto supermercados en Nueva York que olían a desinfectante y eran mucho mejor organizados y eficientes. El asunto era que el Plan de míster Nelson no mencionaba producción y el Ministerio tampoco. Remo insistió en que los hacendados arrendarían la tierra a los campesinos y, con tractores o sin ellos, tendrían que producir para pagar el arriendo.

—Tampoco es cuestión de producir demasiado —dijo Remo—. Los importadores ya se han quejado en la Cámara de Comercio.

Perdí la paciencia y alcé un poco la voz:

—¿Y los pequeños productores?

Él respondió con dulzura:

—No lo sé, Candela, pero me parece que esta vía es mejor. Rockefeller sabe de lo que habla. Vamos a estar claros, amor, los campesinos por su cuenta no producen.

Y yo continuaba machacando:

—Claro que no. Necesitan asesorías, abono, equipos. ¡No es broma, Remo! He visto a campesinos perder cosechas y animales en inundaciones, cuando unas leguas más arriba

el ganado se muere por falta de agua. Necesitamos represas, tuberías, bombas, tanques, tractores, créditos y agrónomos antes que supermercados con aire acondicionado. Y añadí en un rintintín:

—Porque tampoco las grandes haciendas han producido nada en años.

Él escuchaba dándole vueltas a un pequeño caimán tallado en madera que yo le había traído del viaje, y finalmente respondió:

—Pronto comenzaremos a producir en grande, Candela, hay que confiar en Rockefeller; él está trayendo a su finca ganado Santa Gertrudis, bombas de agua, desmalezadoras y unos tractores inmensos.

Algo en mí se empeñaba en el absurdo de asociar realidad y racionalidad. Imaginé que algunos venezolanos, socios de Rockefeller, trabajarían sus haciendas, comprarían maquinarias y eso —aunque no era lo más conveniente— podría ser un comienzo que permitiría adquirir tractores para pequeños y medianos productores y campesinos organizados. Pensé, con esperanza necia, que si Rockefeller y el gobierno habían pactado, significaba que tendríamos tractores. Fui en busca del postre y el café. Me había quedado claro que no eran imaginaciones de Gonzalito, seguramente habría otras haciendas Rockefeller. O lo que sea.

La idea de renunciar surgió en una reunión de jefes de departamento, cuando vi en las caras de mis colegas el comején del temor, la pasividad, el acomodo. Entre ellos había hombres con estudios superiores en países desarrollados. Ninguno pudo explicar las bondades del Plan Rockefeller, y aunque hubo críticas y comentarios en contra, muy pocos lo desaconsejamos tajantemente. La idea de lidiar con la puesta en

práctica de semejante mamotreto me aterró. Renunciar me ofrecía alivio contra el absurdo, pero aún creía poder cumplir con otras tareas planteadas y, tal vez, el Plan Rockefeller se derrumbaría por inconsistencia.

Días después llegó Jacinta. No sabía leer, traía una carta que otro había escrito. Era una india achagua, sólida y serena. Hablando poco, dijo más de lo que la carta intentaba decir. Familias desalojadas de una finca abandonada, ahora reubicadas en Los Moriches, levantaron sus ranchos, sembraron, criaron animales y ahora los amenazaba otra vez el desalojo. Pregunté quién reclamaba las tierras y ella mostró en un papel los datos del hombre que ordenaba el desalojo. Según los registros, eran tierras del Estado y el hombre, hijo de un hacendado intocable. Le entregué cartas y fichas con códigos de registros. Sonrió agradecida y sus ojos preguntaron algo que no sabía cómo enunciar. La había enviado a una guerra que perdería.

Necesitaba dejar de pensar en lo que no podía resolver, como si aquello fuera el nudo de una corbata o una partida de ajedrez. Necesitaba que alguien me ayudara a digerir aquello. Un golpecito en la espalda, cualquier cosa que se derritiera en las rocas heladas de un *whisky*, con música suave. Remo me escuchó: «No puedes resolverlo todo» —me dijo—. También me pidió que pensara en renunciar y pensé: renunciar significaba dejar de hacer algo para permitir que otros jamás hicieran un carajo. Dejar el trabajo era dejar de ver con claridad el fondo del país desde los trabajadores, desde la producción de alimentos. No estaba convencida, lo miré pidiéndole que continuara y respondió:

—La Asamblea Constituyente discute aumento de impuestos o disminución del porcentaje de ganancia a las petroleras; eso es compensación por precio de alimentos importados, pero debe quedarte claro: de tractores, nada.

No supe qué decir. No pude entender qué interés podía haber en no vendernos tractores. Mientras caminábamos, habló del divorcio y de matrimonio. Gallegos le había ofrecido un cargo en el gobierno, y era imprescindible estar casado.

No respondí.

En el departamento esperábamos que se revelara el misterio de los tractores. En la prensa, se hablaba de producción agropecuaria insuficiente y especulación de importadores. La frase «sembrar el petróleo», que Uslar Pietri había acuñado en 1937, salió a flote. El Plan llegó a la prensa en caricaturas, Rockefeller salió del *spot*. En la playa leí que Nelson Rockefeller había donado quince millones de dólares a un importante grupo político en Venezuela. La donación —aclaraba el diario— había sido entregada a dirigentes políticos por su participación ciudadana.

Entré al mar a darme un chapuzón y desde la arena saludaron Brisa y el doctor Wilson. Aunque evitamos el tema durante el día, en la noche Remo y yo discutimos el asunto y él terminó diciendo que ningún partido se sostiene con cotizaciones de dos bolívares al mes. El asunto de la renuncia me mortificaba. Sentía —como decíamos entonces— que no podía con la múcura y me sentía culpable de flojera o irresponsabilidad; pero había algo más allá y era la duda de estar siendo utilizada para un plan que no aprobaba, o si tendría yo el suficiente guáramo para enfrentarme a lo que el cargo requería.

Por eso le pedí al maestro Gallegos que me recibiera, escuchó interesado y, entre otras, cosas me dijo:

—Yo conozco las agallas de Míster Danger, pero nada ganamos con soltar espacios. Tú decides si renuncias, pero no lo aconsejo.

Después comentó que Betancourt era efervescente, pero era hombre de masas y lo necesitábamos. Me atreví a decirle que no confiara en él y me regañó:

—¡Pero, Candela! Sin confiar no podemos avanzar un paso.
Sonreí con algo de vergüenza y a la salida preguntó por Remo. Le respondí que tenía mucho trabajo en la Creole y, en una de sus raras sonrisas, me respondió:
—¡Ah, caramba, Candela! ¡Así es el mene!

VI
Vera
1947

El día de mi graduación conocí a Francisco. Bailamos hasta el amanecer, cuando la orquesta tocó el *Alma llanera* y finalizó el baile. Una semana después volvimos a vernos. Mi padre había alquilado un apartamento cerca de la sastrería y él se había ofrecido para ayudar en la mudanza. Después que terminamos de pintar y arreglar la biblioteca, ya era como de la familia. No podría decir si a mi madre le parecía bien aquella amistad de Francisco, pero no parecía molestarle. De vez en cuando me decía que nada de amapuches ni de compromisos. La tía Brisa, en cambio, iba directo al grano y hasta daba detalles de anatomía. Me daba una vergüenza horrible y luego un ataque de risa, y ella:

—Ríete, pendeja, pero no te dejes.

Un día llamó por teléfono y me invitó a conocer la escuela en la que él y sus compañeros colaboraban. Desde lejos, los cerros que rodean a Caracas parecen pesebres como los que se hacen cuando se acerca la Navidad: cielo veteado de azul pálido, tierra cuarteada, monte y chamizas. Casas de tablas, barro

y zinc y mujeres cargando agua. Mediodía con chispas de sol en el zinc y hombres cargando sacos. Tarde roja y noche con estrellas de bengala.

Subimos en silencio y en una explanada que terminaba en farallón, Angélica me mostró el fondo del valle diciendo que eran dos Caracas, una abajo y otra arriba. En un saliente sobre la ciudad, una rubia de diez metros, en traje de baño de pepas verdes y cabello adornado con cinta naranja, mostraba una botella de Green Spot. Al llegar a la explanada, frente al barranco, vimos a unos muchachos volando papagayos. Una niña de unos ocho años con zapatos de hombre cargaba un muchachito a horcajadas en la cadera. No recuerdo mucho más. Apenas la sensación agradable de sentirme parte de un grupo, y la presencia de Francisco que ya era parte de mí, aunque todavía no éramos novios. Después de un recorrido por el caserío y la escuela, iniciamos el descenso. El autobús venía tocando corneta y echamos a correr. Subimos, y al sentarnos me abrazó. Estaba a punto de besarme cuando el chofer gritó:

—¡Se agradece a los de la cocina que dejen los amapuches, que este es un autobús decente!

Al bajar del autobús, vimos luz en la sastrería. Caminamos las dos cuadras siguientes riéndonos de cualquier cosa y al llegar al edificio lo invité a subir. Entré a la cocina, calenté algo de comida y le serví como si fuéramos casados. Más tarde, en el salón, él se entretuvo un poco con los libros mientras yo esperaba nerviosa en el sofá. De pronto, dijo que se iba. Me abrazó, nos apurruñamos y oímos la llave en la cerradura.

Era Caballo, mi padre.

VII
Cleotilde
1948

En aquellos encuentros nunca se sabía quién le iba a sacar los trapos al sol a otro, ni cómo se armaba un jolgorio de teatro y baile. Yo, mijita, trataba de disfrutar lo dulce y evitar lo amargo porque era de la familia, pero no tanto. Aquella tarde de abril te habías ido a estudiar con unas amigas. Alma y yo nos encargábamos del almuerzo y los demás estaban en el corredor. Escuchamos un zaperoco, te nombraban y fuimos a ver lo que pasaba. Brisa decía que estudiar en la universidad no era concha de ajo y Guainía reclamaba que tenías que colaborar en oficios de la casa y se quejó de que perdías tiempo en dibujitos y novelas. Alma la miró feo y ella dijo que era bueno que leyeras, pero que bien podías fregar, lavar tu ropa y asear tu habitación de vez en cuando. Las dos mayores salieron a defenderte, que si Guainía a tu edad tampoco ayudaba en nada y ni siquiera leía. Guainía gritó que no se metieran en sus vainas, y yo me puse a preparar la salsa para el pargo que Alma rellenaba. Un rato después, tomándonos una cerveza, Brisa comentó que Guainía era demasiado exigente,

y de repente comenzó a reírse diciendo que tenías otro enamorado; me hizo jurar que no diría nada y comentó que Caballo lo sabía porque el tercio era hijo de un amigo suyo. Puse cara de asombro y seguí con la salsa de camarones.

El pargo relleno había salido del horno y la ensalada estaba lista cuando escuché que rodaban mesas y sillas, y en el tocadiscos sonaba *La bien pagá*. Mientras me arreglaba, el volumen subió y cuando la Carmen que cantaba llegó al *puñao de parné*, se oyó la voz de Caballo diciendo que él bailarían con su cuñada. Brisa se había puesto un fustán de pepas rojas que le arrastraba, y zapateaba arriba de una mesa. Guainía le gritaba que tuviera cuidado que podía caerse. Detrás de un pilar salió Caballo. Para imitar a los bailarines españoles había ajustado los pantalones, y las canillas eran tan flacas que parecía que iba en zancos persiguiendo a Brisa, que torcía los brazos y con el moño suelto se cimbraba hacia atrás. Cuando la pieza terminó, Caballo anunció que ahora la cosa era de veras, puso otro disco, sonaron palmas y guitarras y Brisa salió a mostrarnos lo aprendido en las clases de baile flamenco que daba Teresa, mujer de un tal Legido, a quien Caballo había rebautizado secretamente como Quejido. Brisa parecía más alta, la cara se le había puesto como de llanto, sus manos jugaban en el aire y aquellos desplantes y zapateos nos embrujaron.

Alma llamó para el almuerzo y oímos gritar al pregonero que Colombia ardía por los cuatro costados. Caballo llamó al muchacho desde el zaguán y compró el extra de la tarde que anunciaba el asesinato de Jorge Gaitán. Un tiro en la calle. Los bogotanos salieron a protestar, hubo destrozos, cientos de muertos y heridos.

Brisa se había cambiado el traje, pero aún llevaba la flor de cayena prendida en el camisón de estar en casa y, mientras se trenzaba el cabello, comentó que aquí las cosas tampoco iban bien porque desde la toma de posesión de Gallegos habían

comenzado los problemas, y recordó los aviones que habían sobrevolado la ciudad, justo aquel día.

Caballo empató los titulares con la noticia de la huelga de marinos petroleros. Todos los tanqueros se habían detenido a una hora determinada en diferentes puertos; el buque *Tamare*, donde trabajaba el hijo de doña Mariana, se detuvo en Maracaibo y la tripulación estaba presa. Guainía preguntó qué se podía hacer por el muchacho y todos nos miramos, pero ella siguió remendando una sábana, como si nada. Entonces Caballo dijo que llamaría a no sé quién y yo me ofrecí a preguntarle a Carlos; Guainía me hizo señas con la cabeza que mejor no, pero insistí diciendo que nada costaba probar. Aunque no fue fácil.

Yo estaba muy molesta con Carlos porque un sábado se quedó a dormir en el apartamento y el domingo por la mañana salió diciendo que había quedado convenido con un coronel a verse en el hipódromo, pero que después de las carreras vendría a almorzar. A las diez de la noche se apareció y él, que nunca daba explicaciones, esa noche trajo un cuento de carro accidentado, almuerzo demorado y un aguacero con truenos y relámpagos en El Paraíso. Al otro día, como de costumbre, se bañó a las cinco de la mañana, se tomó un café y Juvenal se lo llevó a trabajar. Dos días después, lavando la ropa, encontré en el bolsillo del pantalón una carta de amores de una tal «L», fechada en Altamira.

Me enfurecí.

Después me aflojé a llorar como si me vaciara de él y en la madrugada estaba furiosa otra vez. Pasé la semana sin saber qué hacer, lo que se me ocurría era salir del apartamento y esa era la reacción que a Madeleine no le gustaba. Me aconsejaba que le pidiera a Carlos que pusiera ese apartamento a mi nombre, pero eso me horrorizaba. Madeleine decía que eso era orgullo tonto. No sé. Si él lo hubiera hecho lo habría

aceptado. Pero pedirlo, no me parecía bien. Prefería vivir con Alma, o me iría a la Martinica.

Carlos llegó mansito el sábado en la tarde. Le ofrecí un trago y, cuando estuvo cómodo en el sillón, le pregunté por el coronel.

—¿Cuál coronel?

—Pues el que estaba con usted el domingo pasado.

Cambió de color, pero se compuso al instante y respondió que se trataba de un asunto de trabajo, que no se podía resolver por teléfono.

—Me imagino —le dije, entregándole la carta de la fulana «L» de Altamira.

Se levantó molesto, diciendo que no tenía nada que ver, que eran imaginaciones de esa señora, que él no había alentado esa relación, pero un caballero no podía hacer un desaire y cosas así. El tejemaneje siguió: insistía en que no había hecho nada malo, que no sabía cómo había llegado al bolsillo de su pantalón aquella carta y finalmente se quedó mudo. Decidí preparar la cena y poner en remojo las caraotas para el otro día. Más tarde, se me arrimó queriéndome abrazar y me escurri hasta la sala, donde pasé la noche sentada sin poder dormir ni decidir nada.

En la madrugada, mientras se vestía, le llevé un café. Me preguntó qué haría y respondí que no lo había decidido, pero que pensaba irme a casa de Alma, aunque también me gustaría irme a la Martinica.

Se fue con cara de tragedia.

Pocos días después, Juvenal trajo una caja y una carta de Carlos, y salió apurado. Era una maceta de violetas y una carta muy bonita.

Sí, claro, pendeja, ríete. Quién sabe cuántas novias tendría Francisco en Ciudad Tablitas y tú nunca lo supiste.

Después llegó quejándose de dolores en la espalda y en la pierna. Le di un guarapo de cogollos de mango y un masaje, y comencé a contarle que habían puesto preso al hijo de una amiga, pero al oír que era marino petrolero, frunció el ceño y preguntó si había leído la prensa. Sin esperar respuesta se levantó cojeando furioso, sacó de su maletín una carpeta con recortes de periódicos y los mostró mientras gritaba:

—¡Los buques tanqueros fueron tomados! ¿Sabe lo que significa eso? El ochenta por ciento del petróleo que se produce en este país se refina en Estados Unidos y Curazao. Rockefeller no tolera que su producto sea retenido ni un minuto. Será motivo para un golpe de Estado.

No dije una palabra, lo miraba caminar en pantuflas, cojeando. La mano que sostenía las carpetas le temblaba. Se sentó en el brazo del sillón, con la bata abierta y una pierna embadurnada de aquella untura negra para caballos que insistía en ponerse. Arrimé una silla, puse su pierna sobre las mías y, mientras lo sobaba, conté lo que Caballo decía sobre el paro de los marinos: un salario miserable y ni siquiera cuando los ataques alemanes se hicieron frecuentes recibieron alguna compensación. Ahora los asaltaban piratas en cada viaje y tampoco tenían el derecho de sindicalizarse como los demás trabajadores.

No escuchaba. Con la carpeta en el pecho y la cabeza hacia atrás, incómodo con el dolor, hablaba con los ojos cerrados:

—Seguramente el general Marshall ya conoce el informe de la Embajada. A los empresarios les molesta la Ley del Trabajo y las petroleras dicen que Gallegos no garantiza los intereses de Estados Unidos.

Le quité la carpeta y se dejó llevar a la cama, diciendo que a quién se le ocurría una huelga justo en ese momento. Confundida y molesta, saqué el dorado del congelador, pensando que tendría que ser a la pimienta, los espárragos no estaban

en su mejor forma. No haría puré, fritas le gustaban mucho. Solté las papas en el aceite hirviendo y el teniente coronel Mario Vargas llamó por teléfono, le avisé a Carlos que atendiera en la habitación y me quedé en la bocina hasta que las papas comenzaban a dorarse. Confirmaron cita al día siguiente en la Embajada de Estados Unidos.

Mientras cenábamos hablamos poco, preguntó por mi familia y respondí que, aparte del incidente con el muchacho, no había nada extraordinario. Pensé: «¿Qué estoy haciendo aquí?», pero le pregunté cómo le había parecido la comida. Sentí deseos de estar en otra parte, pero pregunté si se sentía mejor. Él se quedó leyendo en el sillón mientras yo fregaba y nos fuimos a la cama. Cuando se quedó dormido me encerré en el baño a llorar.

Al día siguiente dijo que tal vez podría hacerse algo y preguntó el nombre del muchacho. Le dije que era Fedor Riordan, y que iba en el buque *Tamare*, preguntó si era extranjero. Fastidiada, respondí:

—Nació en Venezuela, madre venezolana, padre trinitario fallecido en explosión mientras trabajaba para la Creole.

Entonces se le ocurrió que el apellido parecía irlandés y le dije que era un negrito de ojos aguarapados y hablaba inglés como su padre. Dijo que lo del inglés era una ventaja y que vería lo que podría hacer. Días más tarde, llamó Juvenal informando que Fedor estaba libre y que la Creole lo enviaría a Estados Unidos a un curso avanzado de mecánica naval. Llamé a casa de las tías y a doña Mariana en Lagunillas, para informarles.

No, Vera, tu no apareciste por mi vida en esa época. Mi trabajo se había complicado y tú estabas estudiando y en tu noviazgo con Francisco.

Un día decidí ir a visitar a las tías, y como siempre, estaba ahí Caballo con algunos amigos. Había llegado con dos

periodistas y con Francisco, que se veía preocupado. Después que se fueron los periodistas, se ofreció a llevarme y en el carro preguntó por Carlos, le dije que estaba mejor de la pierna y preguntó que cómo estaba de la mano. No entendí y él riéndose dijo que no movía la mano para meter presos a los que conspiraban.

Respondí que yo no hacía caso a chismes. ¡Ja!, eso fue peor, dio un discurso sobre el chisme, sus orígenes imperiales y su importancia en la economía. Habló de otro Carlos, que era alemán, y había escrito no sé qué, pero no le puse cuidado. Remató con unos historiadores que le tienen miedo a la verdad. No entendí, pero Francisco se carcajeaba y luego contó que el día que Gallegos asumió la presidencia, ustedes hacían fila para tomar un autobús al parque Los Caobos y pasaron aquellos aviones volando tan bajo que parecía que se iban a caer. Caballo me guiñó un ojo y Francisco mostró una caricatura que había publicado el periódico, donde Betancourt encendía leña debajo de unas topias donde estaba montada la olla en la que se cocinaba Gallegos, y directo a la candela llegaba la manguera de un camión de gasolina Esso. Estaba mareada cuando me dejaron en la puerta del edificio.

El jueves en la tarde vi llegar a Carlos desde la ventana. Juvenal esperó que entrara al edificio, miró hacia arriba y saludó. Me encomendé a la Virgen Santísima para que me alumbrara el entendimiento. Respiré varias veces y salí a recibirlo. Venía fogoso, queriéndome llevar al cuarto, y mientras le desabrochaba la guerrera le dije que sería mejor que conversáramos.

—¿Qué será, *madeimoselle*?

Le serví un güisqui y le conté sobre los rumores de conspiración. Encendió un cigarrillo, se asomó a la ventana y, al darse vuelta, dijo molesto que eso eran pendejadas.

—No me gusta decir groserías, pero esas pendejadas andan de boca en boca —respondí.

Comenzamos un jaleo de palabras para allá y para acá. Él sugirió que tal vez no lo entendería, y yo:

—Pruebe a ver.

Él:

—No creo que tenga sentido.

Yo:

—Para mí lo tiene, yo lo espero sin saber cuándo llegará.

Entonces se quiso ir por otro lado:

—¡Ah, *madeimoselle*, esos chismes!

Rompí las barreras:

—¡Carlos! Das vueltas como una gallina clueca para no decirme lo que pasa.

Me miró asustado. Casi siempre hablábamos en francés y nunca lo había tuteado. Dijo algo que no recuerdo muy bien, pero tenía que ver con modernizar el país. Reconoció que había presiones contra Gallegos en el Ejército y entre algunos empresarios. Entonces solté de pronto:

—Dicen que Betancourt no lo quiere a usted, que prefiere a Pérez Jiménez.

Caminó por la habitación en silencio y después de varias vueltas, dijo:

—No voy a conversar con usted de asuntos de gobierno, pero le digo nada más: Gallegos es el presidente actual. Betancourt está en Washington.

Aquello no respondía mi pregunta y yo, envalentonada, pregunté:

—Entonces, dígame usted, ¿por qué hay una caricatura que pone a Gallegos sudando en una olla y a Betancourt echándole gasolina al fuego?

Tartamudeó diciendo que eran juegos rudos para fastidiar, seguí preguntando por qué esos juegos rudos no se los habían hecho a Betancourt y me abrazó diciendo que eso no tenía importancia porque Gallegos estaba en el poder.

—Pues hay quien piensa que Betancourt se quedó con una parte de ese poder —dije—, así es que mire a ver dónde está usted parado.

Me miró como si nunca me hubiera visto y dijo que él era militar y no político, y respondí, entreverando palabras que le había escuchado decir a Brisa:

—Cuando usted tumbó a Medina se graduó de político.

Y él, como en el teatro, dijo:

—¡*Touché, madame!* —diciendo que yo debería tomar el poder en la Martinica. Sirvió vino, puso un disco y me invitó a bailar.

—Lo más importante que tenemos es paz y alegría, *ma chérie*.

Hallé verdad en aquello, sonreí, pero sabía que algo no encajaba. Los rumores seguían. Gallegos era muy querido y muchos hablaban de él con respeto, pero por la radio hacían chistes y decían que su gobierno no funcionaba. La carne, el café y el azúcar comenzaron a escasear, y Carlos, muy ocupado, pasaba tiempo sin venir ni llamar.

Me emocioné cuando Francisco y tú fueron a visitarme. Sentí que eran de la misma madera y les sería fácil vivir juntos. Claro que me preocupó el trabajo que hacían en el cerro, yo leía en la prensa que ahí la policía había entrado a tiros más de una vez. Después, Francisco contó aquel asunto del cura Tomás y pensé en un comedor escolar cerca de ahí. Hablé con mi jefa y ella habló con alguien más arriba en el Ministerio.

Tal como estaba la situación, no creímos que pudiera funcionar, pero mi jefa dijo que había una casa cerca de la subida al cerro y una partida presupuestaria. Alguien de arriba puso trabas y hablé con Carlos, a él le pareció justo y quiso ayudar. Se formó el zaperoco, alguien dijo que el cura era comunista,

la Iglesia intentó deportarlo, Carlos se puso furioso y yo no supe qué hacer. Me preocupaba Francisco. Caballo me contó que seguía trabajando como linotipista y daba clases en un liceo. Días después llegaste con aquella falda negra con estampados dorados, a pedirme que le hiciera el dobladillo.

Esa misma noche comencé a coser.

VIII
Candelaria
1948

El ministro llegó tarde a la terraza del Grillet. Después de su discurso, bajé con él a un salón reservado y al sentarnos me di cuenta de que su cara había cambiado, como si le hubieran puesto otra. Dijo que había militares conspirando y que Betancourt era el único que podía ayudar porque había conspirado con ellos. Insistió en que debería venirse, que en Washington no hacía gran cosa, «amor de lejos, amor de pendejos» y cosas así.

Hablé de acciones de calle, sindicatos, partidos, pero él seguía empeñado en la intervención de Betancourt, en su amistad con el embajador Donnelly:

—El Departamento de Estado manda más que Pérez Jiménez —dijo—. Betancourt sabe cómo negociar con ellos.

Me dio un abrazo como de pésame y se fue.

En la terraza alguien alzó la voz para hablar de inversión de ingresos petroleros en el campo. Gutiérrez, un muchacho alto y de poco hablar que escuchaba de pie, intervino:

—Eso se ha dicho, pero el asunto es cuándo, cómo y dónde.

El otro respondió que aquello parecía un bolero y Gutiérrez retrucó que ojalá no se convirtiera en tango. Al salir trastabillé en el escalón.

Alma Corrales me esperaba en su Studebaker. Con cara de entendida en el asunto, dijo que Míster Danger podría llevarse en los cachos a Gallegos. Fuimos al café Rivera, donde se reunía Irene Russián con sus amigos poetas. Mi padre conversaba con Caballo, cuando entró un cliente suyo diciendo que algo gordo ocurría porque había visto una caravana de carros oficiales frente a la Embajada de Estados Unidos. Periódico en mano, Brisa mostró la nota que anunciaba que Pedro Estrada, policía favorito de Gómez, había regresado a Venezuela después de años en la Embajada en Washington. Entonces Caballo aprovechó para decir que el policía también estaba especializándose.

Algún día recordarás y entenderás, Vera. Ahora puedes llorar y atormentarte, o escribir y dibujar como haces algunas veces. Ya tendrás tiempo de investigar y analizar. Aunque nada de eso pueda salvarnos.

Al llegar al apartamento, Remo se quejó de mis ausencias, de mi trabajo y de mi asistencia a la peña del café Rivera. Fue una pelea triste, no fue fácil sacudirme todas las culpas que me achacaba. Pensé en la relación entre uno y otro Rómulo. Objetivos comunes, fisuras. Nada de efervescencias inofensivas ni ingenuidades tardías. Eran asuntos de fondo.

Hacía calor. Me acosté en el sofá y dejé las ventanas abiertas. El aviso de Aeropostal se encendía y apagaba. Pensé en las zonas rurales. La planificación desde Caracas no funcionaba. El aprendizaje mutuo era imprescindible. Más allá de las inundaciones y las luchas por la tierra, más allá de la alfabetización y del paludismo estaba el hambre, el desempleo. Medina exigió varias veces que las petroleras cumplieran con el acuerdo de fundar una refinería. Rockefeller, en una entrevista, aclaró

que en Venezuela nunca existirían. Gallegos, en su campaña electoral, insistió en el tema.

En noviembre la peña del café Rivera se llenaba de periodistas. La política había acaparado la atención que antes tenían el teatro o la música. Llegaban comentarios y falsas noticias. Trujillo, en Santo Domingo, anunció la caída de Gallegos antes de que ocurriera. Las petroleras estaban en sesión permanente. En la Embajada de Estados Unidos se veían a diario el embajador Donnelly y los jefes: Proudfit, de la Creole, Crebbs, de Mene Grande, y Foster, de la Shell.

Remo me pidió ayuda. Desde nuestro apartamento gestionaríamos encuentros para discutir o negociar, además de servir de enlace, correo y cosas así. Al principio logramos conexiones interesantes, pero luego el trabajo se complicó. Las exigencias de los golpistas aumentaron. Betancourt no siempre aparecía y los militares insistían en cortar al sesgo: en lugar del golpe seco y tajante de siempre, tipo: «Somos el poder militar, está usted detenido, señor presidente», el golpe contra Gallegos fue «con cuchillo de palo», tipo: «Mire usted, el señor Betancourt nos está molestando», o bien: «No nos agrada su edecán». Gallegos enfrentaba su dignidad al atropello negándose a las exigencias de los golpistas, pero no había manera de que pudiera ganar espacios.

Una tarde, en el café Rivera, se supo que Alberto López Gallegos, gobernador de Caracas, había formado un gabinete de emergencia en Maracay con el apoyo del sordo Gámez, comandante de la guarnición. Hubo reuniones con sindicatos, ligas campesinas y otras organizaciones dispuestas a defender al gobierno. Al día siguiente, los importadores exigieron cerrar el Instituto de Abastecimiento Nacional, que compensaba el encarecimiento y la falta de alimentos. Argumento: mercadear no puede ser función del gobierno.

Una noche de aquellos días difíciles, acompañé a Remo a Miraflores y logré conversar unos instantes con Gallegos:

—Ha sido amargo, Candela, podría escribir un catálogo de traiciones —me dijo.

La tristeza le tatuaba la cara. No hallé maneras de consolarlo; le pregunté si creía que los gringos estarían detrás del golpe y respondió:

—No hay duda. Nuestro servicio de información es precario, pero está claro que la conspiración fue instilada gota a gota desde el Norte. Más aún.... —Se detuvo cuando Remo y Gonzalo Barrios se aproximaban, y nos despedimos.

El veintiuno de noviembre, *Últimas Noticias* publicó que más de trescientos mil trabajadores estaban listos para defender la democracia. Ese mismo día, las empresas petroleras declararon que, en caso de huelga, habría intervención militar para defender sus bienes en el país. Los militares alzados, actuaron en consecuencia: el Mono Mendoza, comandante de la guarnición de La Guaira, exigió al presidente que depusiera a sus ministros y advirtió que tenía control del puerto y el aeropuerto; el Turco Casanova, de la guarnición de Maracaibo, dijo tener control de toda la zona petrolera; mientras que el Sordo Gámez, comandante de la guarnición de la zona central, fiel a Gallegos, no se entregaba. Mario Vargas, gran amigo de Betancourt, logro convencerlo.

El 24 de noviembre, Gallegos y sus ministros fueron detenidos. Delgado Chalbaud, el de mayor rango, presidía la Junta, en la que estaban Marcos Pérez Jiménez y Llovera Páez.

Mientras Remo estaba en la ducha escuché en el radio un discurso de Delgado Chalbaud, en el que prometía elecciones, mencionaba un «gobierno equidistante del personalismo y la oligarquía», y hablaba de dejar el gobierno a los civiles.

Durante el desayuno, Remo habló del viaje a Monagas, como imposible de suspender.

—En todo caso —me dijo—, yo nunca estuve en el gobierno.

Por la tarde, mi padre comentó haber visto a Remo por Quebrada Honda y sonreí pensando que a esa hora, Remo estaría llegando a Maturín. El periódico de la tarde anunciaba toque de queda. Rómulo Betancourt, refugiado en la Embajada de Colombia, había sido escoltado al aeropuerto.

Tres días después me incorporé al trabajo, salimos antes de la hora cumpliendo con el toque de queda. Poco antes de llegar vi a un hombre en traje azul marino y lentes oscuros en la entrada del edificio. Subí las escaleras a buen paso y al llegar, mientras buscaba la llave en la cartera, Pura, la vecina, salió al corredor con una bandeja de empanada gallega. Dos hombres aparecieron detrás de mí diciendo que eran de la Seguridad Nacional. Pura se quedó inmóvil y la empujé suavemente a su casa. El hombre moreno, de unos cuarenta años, miraba por todas partes mientras el otro —un catire de pelo ensortijado y meñiques de uñas largas— preguntó dónde tenía mi marido los documentos de trabajo. Le dije que buscara, si ese era su trabajo, y me respondió zumbón:

—No te pongas grosera, porque yo soy peor que tú.

Pasó cerca de la mesa del comedor, le dio un manotazo al florero y las gladiolas cayeron al piso con cierta gracia, mientras él continuaba:

—¿Te fijas? Era para no demorarme, para no tener que hacer esto, ¿ves?

Abrió de un tajo el diván, traté de no mirarlo, pero continué preguntando por Remo y gritando:

—Háblame, mírame. Estás cagada, ¿verdad? Te vas conmigo.

Me eché una toalla al hombro mientras él vaciaba gavetas diciéndome:

—Apúrate. No llesves muchas cosas, las putas te van a quitar todo.

Metí ropa interior en la cartera mientras él registraba los trajes de Remo.

De pronto levantó el colchón apuñalándolo; vi rodar cuentas de un collar mientras él volteaba cuadros. Golpeó el radio con la cacha del revólver y lo revisó por dentro. Después me llevó de la mano hasta el pasillo, donde el otro había llenado bolsas de mercado con carpetas y sobres. Le dije al jefe que iría al baño:

—Ve —me dijo—, pero deja la puerta abierta. No te va a pasar nada, no te miraré.

Tenía necesidad de orinar y no podía, cuando al fin pude, no había papel sanitario. En mi cartera, junto a la servilleta de papel, encontré una tarjeta que me había enviado Betancourt y mi libreta de direcciones. En la cocina, el hombre vaciaba potes de harina, café, azúcar, y de pronto gritó:

—Apúrate, Candelaria. ¿O es que quieres que vaya a limpiarte la cuchara?

Halé la cadena y dejé caer la libreta de direcciones junto con la tarjeta. La libreta cayó al fondo, pero la tarjeta flotaba y la puse en el fondo de la papelería. Al llegar a la cocina me ordenó que vaciara el bolso: cepillo y crema dental, jabón, cuaderno, lápiz. Él miraba de vez en cuando mientras desgajaba los libros de un estante, abriéndolos en acordeón. De pronto se detuvo, apartó lápiz y libreta, diciendo:

—Esto no. Nada de escribir. Llévate la comida que te trajo la española.

Dije que no tenía hambre, y él:

—No seas pendeja, llévate tu vaina.

Y me entregó una bolsa de papel, mostrándome el plato con la empanada.

Aquella actitud protectora y criminal al mismo tiempo, me irritaba y me confundía. Eran precisos y eficientes y actuaban

como criminales. ¿Quién los formaba y les daba órdenes de investigarnos? ¿Desde cuándo?

El hombre moreno fue al baño mientras el jefe gritaba:

—¡Vámonos, carajo!

Y el otro, desde el baño, gritó:

—Mira lo que encontré.

Mostró la tarjeta de Betancourt y me alegré de que no hubiera visto la libreta. El jefe se guardó la tarjeta en el bolsillo y el otro amarró mis muñecas con mecate, disculpándose porque no tenían esposas.

Cuando llegamos a la cárcel, el policía de guardia me quitó las amarras y me indicó que me sentara. Anotó mis datos, revisó mi cartera, preguntó si traía algo más y dijo amablemente:

—Le recomiendo que coma algo. Aquí no hay espacio para señoras como usted, las celdas son para mujeres de la noche, pero ellas no respetan.

Poco después llegó una camioneta con policías y mujeres, algunas borrachas. Una de ellas, mostrando su dedo medio, me dijo:

—¿Dónde te pescaron? Pareces una flor de barranco, si quieres te desvirgo gratis.

Otra morena de grandes caderas, con vestido rosado y zapatos blancos, sentada en el suelo, miraba a su alrededor, sin hablar. Una flaca, probablemente en sus cincuenta, llevaba una falda de satén verde perico y una blusa de encaje barato color hueso. Se le veían los pezones —como ojos— asomados por entre el encaje. Sus senos de niña contrastaban con la mirada dura y la nuez pronunciada entre las arrugas del cuello. El parloteo y las risas iban aumentando hasta que el policía gritó:

—Señoras, si sigue la guachafita van a pegarles la manguera.

Apenas unos segundos de silencio y enseguida comentarios y quejas:

—Flor de Oro tiene una mancha en un pulmón.

—Azabache almidonó antes de salir.

—Mejor le dan la manguera a la Chuli, ella sí sabe qué hacer con eso.

Y la Chuli:

—Les aviso: tengo un cliente militar empepado conmigo ¡y está en el gobierno!

Y Flor de Oro:

—Señor agente, por caridad, no nos echen agua que está muy fría.

Me entretuve con el jaleo, no quería pensar en lo que vendría. Sombras en una pared descascarada, cualquier mirada o frase entre las mujeres, me distraía. Como si mi mente pujara por irse a otra parte. Poco a poco el barullo se convirtió en un runrún de conversaciones. «Las mujeres de la noche» se fueron apagando y el policía de la sala me pedía amablemente que recogiera mis cosas. En el pasillo, cinco celdas, cada una con un bombillo y un cuarto de baño. En cada celda, varias mujeres se preparaban a descansar en el suelo, sobre trapos y cartones.

El guardia me llevaba tomada del brazo a paso lento, como a una novia. Nos detuvimos en la tercera. Ahí estaba la negrita de zapatos blancos, sentada en un rincón, poniéndose un pañuelo en la cabeza y sacudiéndose los pies. A su lado, una gorda pechugona, blanca y pecosa, llevaba un mantón negro sobre un vestido de pepas ajustado. La gorda también se quitó sus zapatos como canoas, mostrando sus juanetes y sus uñas pintadas de rojo.

El policía, corto de vista, al fin encontró la llave y abrió la reja. Entré saludando y repartiendo trozos de empanada gallega. La gorda, veterana con seis entradas, me informó el quién es quién: guardias, personal de servicio y horas de comida. Recomendó que guardara un tazón de los de sopa para bañarme con agua del lavamanos. La negra, llamada Encarnación, envolvió su pedazo en un pañuelo. Sonó un timbre

ronco y apagaron la luz. La gorda, a mi lado, se dio vuelta hacia la pared y la otra se tapó la cara con un trapo. Pensé en mi padre y en Remo. Me dieron ganas de llorar. Al fin, supongo que me dormí.

En la madrugada, la reja chirrió y una muchacha flacuchenta y horrible entró trastabillando, el cabello pegoteado se le venía hacia la cara, donde tenía una larga raspadura y la nariz amoratada. Iba descalza, con una falda rota y una blusa de encajes con un solo botón. Toda mi sensibilidad humana se arrugó. No resistí la hediondez. Me incorporé bruscamente. Tenía frío y me dolían los huesos. Tomé mi cartera y corrí al baño. ¿Qué le había pasado a esa muchacha? Pensé en pedir que me cambiaran de celda. Para colmo me vino la regla, la poceta estaba asquerosa. Me arreglé lo mejor que pude y regresé asustada y molesta. La gorda dijo que «la nueva» estaba loca. Encarnación se le acercó:

—¿Qué te pasó? ¿Trabajas en la calle?

La chica no respondió.

—¡Epa, muchacha! ¿Te vas a quedar ahí parada?

La loca, aferrada a la reja, dormitaba. Encarnación se acercó tapándose la nariz:

—No parece de la calle, lo que está es golpeada, mírale los moretones.

Y la gorda:

—¡Coño, se está meando! —Y con voz ronca de fumadora—: ¡Saquen a esta loca de aquí!

Encarnación se reía a carcajadas, hasta que vimos que tenía las manos entre las piernas y se quejaba. Desde el rincón pregunté a gritos:

—¿Qué te pasó?

Por entre aquella maraña hedionda, salió una voz débil:

—Me rompieron.

No resistí. Entré al baño a lavarme la cara y desde ahí oí que le preguntaban si trabajaba en el bar La Luna, y luego:

—¿Dónde te agarró la policía?

Y ella:

—En la calle.

Encarnación, desesperada, le gritó:

—¿Qué hacías en la calle? ¿Tú eres puta?

Y respondió tranquilamente:

—No, soy estudiante.

Esa voz tuya reconociéndote, descubriéndote a ti misma, me sacudió.

Mientras mi mente vagaba por mi apartamento, mi marido y mi regla, Encarnación y la Gorda habían intentado todo lo que podían para hacer contacto contigo. En un esfuerzo por evitar las náuseas, me acerqué y pude ver que la falda era de algodón satinado, con pequeños arabescos en dorado. Estaba desgarrada, sucia, con manchones que podrían ser de semen. La blusa, aunque rota era de mangas largas, color rosa viejo, con encajes en el cuello. Aquello no era el atuendo de una prostituta, pero tampoco un traje para ir a clases. Me fijé en tus manos y vi el callo en el dedo medio que tenían algunos estudiantes. Se me ocurrió que si te bañábamos tal vez reaccionarías. El asunto era conseguir algo de ropa. Pensé en un embarazo, una enfermedad venérea. La Gorda seguía aferrada a la reja, gritando groserías contra los policías. Le rogué que se callara, pero me empujó contra la pared. Encarnación la sostuvo:

—¡Cállate, Gorda!, que nos van a joder a todas.

Encarnación y yo lavamos tu cabello, mugriento. Tenías una herida en la cabeza y moretones por todo el cuerpo. Te quejabas, pero no hablabas. Sospeché que tenías alguna enfermedad mental o que el golpe en la cabeza te había afectado.

De pronto dijiste que te llamabas Vera.

El agua estaba helada. Corrí a buscar mi toalla y te envolvimos en ella mientras la Gorda, a grito pelado, pedía que nos enviaran algo de ropa. Llegaron cartones, un fondo, un pañolón.

Nos quedamos velándote como en una escena de la Sagrada Familia, hasta que Encarnación dijo que nos dejáramos de pendejadas y nos acostáramos, que ahí nadie había parido.

A las dos y media de la tarde, las mujeres golpeaban sus escudillas contra las rejas. Azabache y la Chuli gritaban obscenidades y alguien pedía clemencia para Flor de Oro, la del pulmón manchado, porque habían traído la manguera. Encarnación se quitó el vestido y salió en sostén y pantaleta, cantando y bailando:

—Se va el caimán, se va para Barranquilla.

La Gorda, al ver a Encarnación, comenzó a levantarse el vestido de pepas y la manguera la sorprendió manos arriba, tumbándola de espaldas. Los hombres se burlaban:

—Vamos, Gorda, a lavarte esa cuca jedionda.

La mujer trató de levantarse, pero el chorro de la manguera no la dejaba, y gritó:

—Cuca jedionda la de tu madre, maricón.

El chorro le dio en la cara y la lanzó contra la pared. Cuando vomitó, Encarnación gritó que el chulo de la Gorda tenía una navaja pico'e loro y los iba a puyar a todos. En ese momento la presión bajó y Encarnación preguntó:

—¿Qué pasó? ¿No se te para la manguera?

Se oyeron voces por el corredor, el director de la cárcel preguntó qué pasaba, ordenó que buscaran al oficial de guardia y preguntó por las políticas. Oí mi nombre y la orden de traslado.

Encarnación, todavía mojada y medio desnuda, me abrazó para despedirse y el policía que acompañaba al oficial dijo algo de dos putas abrazándose. Encarnación gritó:

—Ella es presa política. ¡Putas soy yo!

Y en voz baja, acercándose a la reja, añadió:

—Y tu madre, ño güevón.

Tú te habías quedado muda. Parecías una monja con aquel fondo de cretona y la cabeza envuelta en un pañolón.

Entregué mis cosas a Encarnación y le pedí que te cuidara. Llegamos a un patio con cuatro corredores donde había varias puertas metálicas recién pintadas. El guardia tocó en una de ellas llamando al comisario Manzanares, y al abrirse la puerta reconocí la cabeza amarillenta y ensortijada del hombre que había entrado a mi casa. Manzanares le dijo al guardia que podía retirarse y a mí, que teníamos una conversación pendiente. Dio dos vueltas por la oficina y apoyándose en el espaldar de la silla donde me había sentado, continuó diciendo:

—Tengo noticias de que las putas te trataron bien.

Iba a responder cuando me fui hacia atrás violentamente. Manzanares había inclinado la silla hacia el piso sin dejarla caer del todo y la alzó de nuevo. El susto fue intenso, pero breve y ninguno de los dos mencionó el asunto. Me informó que habían detenido a Remo, que había llorado como un carajito y había cantado como un turpial.

—Según tu marido —dijo—, la del trabajo con Betancourt eras tú.

Y ordenó que hablara de la tarjeta. Dije que era un recomendado para un trabajo. Los ojos verdosos se le pusieron amarillos, sacó la tarjeta del bolsillo y preguntó:

—Entonces, Candelaria, ¿por qué quería Betancourt que trabajaras con él en el partido? Explícame, mujer. ¿Por qué mis jefes dicen que eres comunista y ordenaron tu captura? Piensa, Candelaria, dime algo que valga la pena. Dicen que tú eres el cerebro y Remo el cascarón, que tú tienes trato con los comunistas y él es un niño bonito, que sus padres tienen mucha plata y trabaja para una petrolera que se hace responsable

de él. Yo no sé, Candelaria, esto se ve mal. Para colmo, según los papeles, tú eres cinco años más vieja que él, y eso, además de feo, es raro. Las quemaduras en los pezones son dolorosas. Piénsalo, tú escoges. Ya vengo.

Recordé la fiesta que hubo después de que Betancourt entregó la presidencia, antes de irse a Washington. Fue en abril, cuando la huelga de los marinos petroleros. El agasajo a Betancourt era ofrecido por el Hanover Trust, el millonario petrolero Antonio Aranguren, Salvatierra, Alejandro Hernández y otros empresarios. Una fiesta en la que no me sentí cómoda. Remo y yo habíamos tenido desacuerdos. La Creole había sacado a Mariana de la casa, alegando que ella no era empleada, después pusieron preso al muchacho y tampoco pudimos ayudar.

Al vernos, Betancourt me saludó abrazándome y regañándome al mismo tiempo, porque no había querido irme a trabajar al partido. Quise disculparme explicándole mi desacuerdo con lo que se consideraba el trabajo femenino, pero se despidió con un «¡Después hablamos!», y la semana siguiente llegó a mi oficina el joven con la famosa tarjeta que me incriminaba. ¿Qué aconsejaría Remo en un caso como este? Nunca habíamos vivido una situación extrema. Yo tenía frío y ganas de orinar y Manzanares no llegaba. Deseaba que no apareciera, pero pensaba que un desconocido sería peor.

Volvía el miedo, yo lo alejaba a ratos, pero siempre regresaba. Hasta que Manzanares abrió la puerta preguntando si estaba lista para declarar. Respondí con una firmeza que parecía ajena, que no tenía nada que decir. La cabeza colorada de un hombre gordo se asomó y después de eso dejé de concentrarme y llegaron a mi mente ideas locas, como un traje amarillo, lanzarme al piso y quedarme ahí como muerta. No podía respirar bien.

Manzanares y el hombre de la cabeza colorada me llevaron a rastras a un galpón bien iluminado, donde había un mesón y varios ventiladores. Me sentaron en una silla de madera y el colorado me amarró a ella con una cuerda por la cintura; pasaron la soga por una de las vigas del techo y halaron hasta que la silla quedó suspendida balanceándome y golpeando contra el pilar. Se oyó a todo volumen una ranchera, los vi salir y la puerta se cerró. Al principio me daba miedo moverme y luego comencé a balancearme, tratando de espantar el miedo, pensando en mis padres, en Remo. En la madrugada me dio sueño y frío y llegué a pensar que se olvidarían de mí. Recé. Lloré. Me oriné. Así estuve dos días. La sed me atormentaba. Los calambres me fastidiaban mucho. A ratos volvía a dormirme, o algo así.

Al tercer día, dos policías me sacaron. Afuera pude ver a tres hombres conversando. Uno de ellos era Pedro Estrada. Me miró fijamente, pero creo que no me reconoció. Al fin llegamos al corredor de las celdas nuevas y me dejaron en una de ellas donde había una mesa y dos camas, en una de esas estaba mi abrigo, la toalla, mi cartera y, en ella, un pedazo de papel de estraza que decía que a Encarnación la habían soltado y que a Vera la trasladarían a otro sitio.

En la mesa había una bandeja con comida. Eché la sopa en la poceta y usé el tazón para bañarme. Tendí las sábanas y me acosté. Un ventilador ronroneaba y recordé la silla en las alturas, la orina tibia entre mis piernas y luego la ropa húmeda y fría. En la mañana encontré una bandeja nueva en la mesa y comencé a tomar un jugo aguado de algo que parecía cebada. Más allá, una arepa. Dudé porque sentía algo de náuseas. Levanté el tazón de avena y encontré un papel blanco bien doblado. Eran las declaraciones de Gallegos en La Habana:

Yo acuso, sin mínimo temor de incurrir en imputación calumniosa, de haber sido animadoras de esta concitación a las Fuerzas Armadas contra los derechos del pueblo, a poderosas fuerzas económicas, las del capital venezolano sin sensibilidad social, y acaso también las del extranjero explotador de las riquezas del subsuelo. Han sido ellas, y no vacilo en denunciarlas, las que han inflado la gana tradicional de poderío que alimentaban los autores del golpe militar. Pero hay algo más que Venezuela e Hispanoamérica deben saber. Aquí ha ocurrido un acto más de la tragedia que en Nuestra América viene padeciendo la democracia. ¿Quién maneja esta máquina de opresión que ya se ha puesto sobre nuestro continente? ¿Qué significa la presencia de un militar de embajada de potencia extranjera en ajetreos, de cooperador y consejero en uno de los cuarteles de Caracas mientras se desarrollaba la insurrección contra el gobierno constitucional, de puro y legítimo orden popular que yo presidía?

No ha sido, pues, tal insurrección un accidente de nuestra vida política, de suyo propicia a las conmociones de este género, sino un síntoma más sobre la América de nuestra lengua y de nuestro espíritu, de algún propósito prepotente de impedir que nuestros pueblos afirmen su esencial característica democrática y desarrollen libremente su riqueza para obtener su independencia económica, a fin de que no puedan decidir su propia suerte histórica como pueblos soberanos.

RÓMULO GALLEGOS



IX
Cleotilde
1949

Aquella noche me había quedado rezando. Carlos tenía semanas sin venir y el Ejército ocupaba las azoteas de los edificios. Cuando Juvenal llamó para decir que buscáramos en la Cárcel Modelo, respiré. Él había arreglado con un funcionario de la cárcel que me recibiera, diciéndole que mi marido era un general y recomendó que le llevara una botella de güisqui de regalo. Llevé un traje blanco que me prestó Alma y un prendedor de azabache y plata que me había regalado Carlos. Con una estola de piel al hombro, tapé la botella.

El señor Manzanares no me permitió conversar contigo, apenas puede verte desde lejos, mientras caminabas descalza por un patiecito enrejado, como alma en pena, en una batola enorme. Tuve ganas de llorar, pero recordé a mi madre cuando decía que para resolver problemas lo mejor es no llorar. Cuando le dije al señor Manzanares que mi esposo vendría a ver a la niña, que te habíamos criado nosotros y que él contaba con que te tratarían bien, me dijo que habían decidido ponerla en una de las celdas nuevas, pero que no tenían

presupuesto para camas ni colchones. Un minuto después, dijo tuteándome:

—Bueno, negra, la podemos poner con una señora política que tenemos aquí, pero tendrás que traer dos camas porque la señora no tiene familia.

No me gustó su modo de mirarme y caminé hacia la salida diciendo que yo no había dado motivos para que me tuteara.

—Como usted diga, señora —respondió.

Me detuve, informé que compraría las dos camas y él, sonriendo azorado, me dio una tarjeta de una colchonería en Catia. Entonces le entregué el bolso de ropa que traía para ti, diciendo que la señorita Vera Venegas debería estar vestida y calzada como era debido esa misma tarde. Salí taconeando y acomodándome la estola de piel y la botella de güisqui que me llevaba conforme la había traído.

Antes de regresar, busqué la tienda donde el señor Manzanares me enviaba, mencioné su nombre e hice la negociación. Al llegar al apartamento, llamé a Caballo y le informé que estabas bien y que el próximo domingo iríamos a verte.

Me estaba quedando dormida cuando Carlos apareció a la orilla de la cama como un fantasma, el cabello revuelto, la guerrera desabotonada y la corbata en la mano. Me miró un instante, abrió la ventana para despedir a Juvenal y comenzó a desvestirse a oscuras.

—¿Qué le pasa? —pregunté, encendiendo la lámpara.

No respondió, lo vi pálido, con los ojos irritados, cuando dijo bajito:

—¡Acuéstese! —Y salió descalzo y en calzoncillos, caminando como un barco escorado, sin su bastón.

Corrí a buscarle el pijama y desde el pasillo pregunté si quería comer algo. No respondió. Detrás de la cortina vi su cabeza debajo de la ducha. Sintió que lo miraba porque dijo

que le dolía la espalda y tenía el cuello entumecido. Cogí la esponja y mientras le fregaba la espalda, dije de un tirón:

—¡Usted sí que se mete en problemas! ¿Por qué tenía que tumbar a otro presidente? Nada menos que a Gallegos, que tanto lo quiso y según Ignacia era como su padrino.

—¿Ignacia? ¿Qué Ignacia? —preguntó.

Dije que no era bonito que olvidara a Ignacia, su cocinera, y preguntó:

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada—respondí—, pero Gallegos era su amigo.

Entonces pidió un coñac y cuando llegué con la bandeja, traía puesto el pijama y se secaba el cabello y las orejas sentado en el sillón. Después de un trago largo, dijo sin verme, como si hablara solo:

—No traicioné a Gallegos. Vamos a estar claros, Estados Unidos se alimenta de petróleo y prefiere a Pérez Jiménez antes que a Gallegos. Estuve ahí tratando de evitar lo peor y aposté a la posibilidad de equilibrar. Evitando algo peor.

Pregunté si Estados Unidos confiaba en él y alargó la mano buscando los cigarrillos diciendo que los americanos le oían, pero desconfiaban de él porque no era su tipo y luego, con tristeza, dijo que había quien dijera que él era el muñeco de la torta.

—Usted no es muñeco de nadie —le dije—, lo conozco como a mis manos. Seguramente tiene un plan, los militares franceses tienen un plan para todo.

Saltó como un resorte:

—¡Que no la oigan decir eso! En estos días un oficial leyó *Liberté, Égalité, Fraternité* en un *souvenir* que tengo en la biblioteca y ahora dice que soy comunista. Si además usted dice que tengo un plan, estoy frito. Aquí le tienen horror a los planes. Cosas así llegan a Pérez Jiménez y al mismísimo Truman, en un suspiro. Cualquiera de ellos, lo crea

o no, prefiere cortar por lo sano y eso podría significar una bomba. Literalmente.

Se paró cojeando, revolviendo gavetas y diciendo que plan era una mala palabra en un país donde nadie planificaba. Al fin encontró una crema negra que les ponen a los caballos y se bajó el pijama para que le untara en la nalga que le dolía. Respiré hondo, invoqué a las ánimas benditas y me dijo:

—Hable pues, *madeimoselle*, no suspire tanto que se va a llenar de gases.

Dije todo lo que te había pasado. Traté de no llorar, pero no pude y él, con las manos en la cabeza y el bastón alzado, cojeaba por el salón, gritando ¡ay! ¡ay! Al verlo así me com-puse y él comenzó a preguntar mil cosas. Le dije que Juvenal me había ayudado y arrugó la cara, después trató de abra-zarme, pero me sacudí. Dijo que no podía prometer nada y pidió que escribiera tu nombre y otros datos en un papel.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, comentó que Vera era nombre ruso. Yo, tratando de no molestarme, repetí aquello de la manía de mi abuelo de poner nombres de ríos y árboles a hijos y nietos. Comencé a explicar que había un árbol, de madera fina muy dura, que llaman Vera, cuando me interrumpió para preguntar el nombre de tu padre y escribí en el papel, Alonso Venegas.

El domingo siguiente fui a la visita con Guainía. Nunca me habría imaginado a doña Candelaria presa, pero ahí estaba, contenta de vernos, agradecida por lo poco que habíamos po-dido ayudar. Quiso saber detalles de Alma y le contamos que habían allanado su casa a medianoche. La Seguridad Na-cional sacó las puertas de cuajo, habían desbaratado la casa.

Aquel día en la cárcel, mientras Brisa trataba de sacarte algunas palabras, vi a Guainía hablar con doña Candelaria.

De pronto se dobló como quien hace una reverencia, doña Candelaria la ayudó a enderezarse y supe que se había enterado de todo lo que te habían hecho. Cuando salimos, ella comenzó a llorar y a rezongar, juntando unas cosas con otras, con una media sonrisa extraña, preocupada por tus estudios, Francisco y todo lo demás. Hablaba como borracha. Le ofrecí mi pañuelo pidiéndole que se tranquilizara, abrí la ventana del autobús para que el aire le diera en la cara y dejó de llorar, pero le dio hipo.

Bajamos cerca de la esquina de Cruz Verde y caminamos unas cuadras hasta la iglesia de Santa Teresa. Llegó rezongando y, en plena catedral, la emprendió contra los santos: que no habían ayudado en nada, que dónde estaba el ángel de la guarda de su muchacha, que si se había quedado dormido o era un ángel del diablo. Me puse brava y le hablé duro.

—O tienes fe en Dios o crees en el diablo —le dije—. ¿Qué cuento es ese de ángeles dormidos y seres malignos? ¿No ves que fue la policía?

Se quedó mirándome sin entender y yo me arrodillé delante del Santísimo. La otra batalla fue con Carlos. En lugar de explicarme las cosas como eran, dijo:

—Su niña llevaba en la falda papeles comprometedores, el asunto está difícil. Usted debió haberme dicho que el padre era comunista. Resulta que ahora no aparece.

Entendí que a Caballo lo andaban buscando, imaginé aquel ser desgarrado y enfermizo en la cárcel y le grité a Carlos que tú habías sido violada, golpeada y encerrada por unos brutos, que tal vez ni siquiera sabrían leer, que total, tanto lío por unos papeles que no tumban gobierno, mientras los que sacan y ponen presidentes estaban tranquilos. Él abrió la boca como para decir algo, me puso la mano en el hombro, recomendó paciencia, dijo que trataría de resolver la situación y se fue sin decir cuándo volvería.

Las cosas se fueron complicando cada vez más. La situación política seguía siendo delicada y, al parecer, ni en la Junta de Gobierno las cosas funcionaban bien. Se marchó y luego envió con Juvenal una cesta llena de jamón, vinos, quesos, chocolates y otras exquisiteces. En la tarjeta que traía la cesta dijo que en año nuevo daría un discurso por la radio, y que nos veríamos después. Al día siguiente llegué a tu casa. Tu padre no paraba de coser, en diciembre mucha gente compraba trajes y camisas. Guainía lloraba y peleaba por cualquier cosa. Le recomendé a Caballo que se enconchara y me dijo que tan pronto terminara los trajes se escondería.

—Primero los cobres —dijo.

Y contó que un hombre de traje azul oscuro tocó la puerta y él, sospechando que era un agente de la Seguridad Nacional, no abrió. El hombre preguntó en casa del vecino, quien informó que ahí vivía un hombre al que llamaban Caballo y que la señora era de apellido Corrales. El policía amenazó con llevarse preso al vecino por hacerse el gracioso. Alma estaba escondida donde unos amigos y Brisa cogió las riendas de la familia.

—Nada de lloraderas ni pendejadas —dijo—. Hay que hacer hallacas, pan de jamón, dulce de lechosa. No vamos a ir a la cárcel con caras largas ni manos vacías.

Al día siguiente, temprano, llevamos las hojas de plátano a casa de Brisa y abrió la puerta el doctor viudo. Guainía me dio un codazo:

—Parece que el doctor durmió aquí —dijo bajito.

Y contuvimos la risa porque Brisa ya bajaba las escaleras. Un poco más tarde llegó Irene, con ingredientes para el pan de jamón. Durante el desayuno, Caballo y el doctor Wilson comentaron que en una foto de *Últimas Noticias*, Rómulo Betancourt había salido retratado en Washington, visitando a su amigo Mario Vargas. Irene opinó que Gallegos era muy

distinto a Betancourt y Caballo dijo que no había peor cuña que la del mismo palo. También supimos que durante el allanamiento a *Últimas Noticias*, Francisco había sido herido de un disparo. La herida fue leve, pero tuvo que esconderse.

La víspera del Año Nuevo llevamos hallacas y pan de jamón a la cárcel, y mientras comíamos con las presas, Manzanares preguntó que quién conocía a Graciela Tavares. Doña Candelaria dejó de hablar y Manzanares limpiándose las uñas, le dijo:

—Tú deberías conocerla, Candelaria, porque es hija de Teófilo Tavares, que vive en Quebrada Honda, donde agarramos a Remo. Se acaban de casar y se van de luna de miel a Washington; dicen que él va a trabajar allá con las petroleras. —Doña Candelaria quedó como embrujada y Manzanares la tocó en el hombro:

—¿Ah, Candelaria? ¿Cómo te parece la vaina? Yo creí que eras una señora decente y resulta que eras una barragana del abogadito que se casó con una señorita de velo y corona.

Doña Candelaria no respondía. Guainía empapó su pañuelo en agua de azahares y se lo puso en la frente, otra señora le dio a oler cuerno de ciervo y doña Candelaria al fin nos miró con una media sonrisa. Nos quedamos en silencio, y cuando sonó el timbre del fin de la visita te vi caminar junto a ella hacia el puesto de control, donde abrieron los brazos en cruz para que los guardias las revisaran.

Al llegar al apartamento de doña Candelaria, la vecina informó que el señor Remo había estado allá y se había llevado varias maletas. Entramos y poco después doña Pura tocó la puerta. Traía dulce de limón y natilla, y mientras Brisa y yo barríamos, recogíamos vidrios y sacábamos el colchón roto, doña Pura preguntó, en un susurro, si sería cierto que doña Candelaria era rojilla. Estaba oscureciendo cuando dejamos el apartamento y en el camino Guainía preguntó cuándo

saldrías de la cárcel. Le respondí que Carlos haría lo que pudiera y yo no había dejado vela sin prender, pero el asunto se había complicado. Entonces estacionó el carro frente a la plaza Carabobo, sacó una botella de ponsigué y unos pocillos de peltre que llevaba en un maletín y preguntó que cuál era la complicación. Respondí que no sabía, me miró como si no me creyera y conté que, en medio de una pelea, Carlos me había dicho que no tenía por qué discutir sus asuntos de gobierno conmigo y yo le había respondido que no era para eso que nos veíamos. A Guainía le hizo gracia, pero Brisa sirvió el resto del ponsigué y me clavó los ojos como dos lámparas. Conté lo poco que sabía y algo de lo que imaginaba.

Sí, Vera. Yo había intentado varias veces explicarle a Carlos lo grave de la situación. Ya aprenderás lo difícil que es hacerle entender —a cualquiera que tenga poder— lo que es importante en la vida de un ser humano cualquiera.

Cuando le reclamé a Carlos que dijera por radio que en el país no había presos políticos mientras tú todavía estaba encerrada, respondió que un jefe de Estado no podía saber todo lo que pasaba en el país y que por eso mismo un presidente no sabe realmente quién es el que manda hasta que lo sacan del poder. Ese día estaba molesto, el dolor en la cadera le entumecía la pierna. Dijo que tanto Betancourt como Pérez Jiménez lo acusaban de socialista y afrancesado. Habló demasiado de otras cosas y al fin le oí decir que haría lo que pudiera, pero que la decisión era de Pérez Jiménez, y luego comentó que lo seguían y lo investigaban. Brisa me miraba asombrada y yo no paraba de hablar, porque recordé lo que había dicho Carlos sobre un millonario llamado Antonio Aranguren, que se disgustó mucho porque Carlos recibió a unos árabes petroleros. Brisa no me dejó terminar, que sería mejor que descansara. Cogió el mando y dijo que Caballo tendría que esconderse, le gustara o no, y que tal vez era hora

de que yo viajara a la Martinica a visitar a mi gente. Continuamos en silencio a la farmacia, donde Brisa se bajó a dejar la carta que doña Candelaria le había enviado a su padre y al regresar al automóvil, me dijo:

—¡Adivina quién estaba en la farmacia! ¡Ese Caballo es un tigre!

Días después llegó Carlos, venía cansado pero contento, conversando:

—¿Ya fue a ver cómo van las obras de la avenida Bolívar? Y eso no es nada, vamos a tener una autopista para ir a Macuto en un momentico.

Fue a darse un baño cantando *Pachito Eché* y al salir, comentó que el puerto de La Guaira iba a recibir ahora muchos barcos en una sola tanda. En el periódico que traía estaba la foto del señor Remo en el aeropuerto, muy sonriente y elegante, y la novia tocaba la redecilla de su sombrero con la mano enguantada.

Carlos regresó a la sala y se sentó a mi lado, comentando que sus amigos Uslar Pietri y Guillermo Meneses habían regresado al país, y me habló de los libros que habían escrito. Mientras servía el vino, informó que un importador de licores amigo suyo le había recomendado a un empleado para una audiencia:

—Un tal Benigno Padrón pidió exilio para Candelaria, presa en la Modelo. Mi esposa dice que es amiga de ella y que la recomendó a usted para trabajar en casa. ¿No es así?

—Así es —le dije. Doña Candelaria está en la misma celda con la niña.

Y respondió:

—Una recomendación mía podría llevar —como dicen aquí— plomo en el ala. Un importador de licores quizás sea más convincente, por eso adjunté la tarjeta del señor Blohm al informe.

Pensé en ti, niña. Imaginé que pasaríamos unos meses en la Martinica y luego irías a Francia a estudiar con una beca, pero no quise pedirle nada a Carlos. Decidí esperar y consultar primero con la familia. Brindamos a la salud de doña Candelaria y luego me dijo:

—¡Ah, Cleotilde!, qué falta nos hacía este rato, la cena estuvo exquisita. Tengo a dos personas competentes trabajando para sacar a su prima del paquete en el que se metió. No puedo decirle nada, pero prometo que su querida prima saldrá en unos meses. Prepare a su familia por si ofrecen exilio.

El día de Reyes hubo visita en la cárcel. Llevamos coquitos, suspiros y otros dulces para convidar a todos. A doña Candelaria, junto con la empanada gallega que envió Pura, le llevamos noticias de su divorcio y el exilio. Según ella, el divorcio era un alivio tardío y el exilio, un dilema. Le escribiría a su exmarido y al señor Blohm para agradecerles. Manzanares, al parecer, no sabía mucho. Brisa le llevó cigarrillos importados y cuando le pidió que te llevaran a un hospital, el muérgano respondió:

—Su niña no está en la escuela, aquí no hay permisos por enfermedad.

Fue el doctor viudo quien se armó de valor, le pidió el favor a un colega familiar de un ministro, y te llevaron a la clínica donde te vio aquel médico tan bueno.

X
Vera
1949-1950

Francisco y yo íbamos a vernos en el estreno de *Bodas de sangre* que presentaría en la Universidad. Cuando llegué, Francisco no estaba en el sitio convenido. Le habían puesto un crespón de luto a la bandera y los estudiantes cantaban el himno nacional. La policía atacó a rolazos. Me uní a un grupo que corría hacia la iglesia de San Francisco, había un cordón policial y seguimos rumbo a la esquina de Pajaritos. Más allá, llegando a Mercaderes, vimos un terreno baldío cercado con alambre de púas. La casa a medio derrumbar, tenía al fondo un patio de árboles. Un cerco de alambre nos detuvo, mi falda se enganchó entre las púas y un policía me alcanzó. Sentí cuando la falda se rompió y vi cuando recogían los papeles del suelo. El policía se los entregó al sargento y me llevaron esposada a la camioneta. Esperé en el asiento trasero mientras hablaban en la acera, el policía se fue y el sargento preguntó por los papeles que faltaban. De pronto se me acercó, pegó su cara a la mía. El cabello grasoso le caía en la frente, vi sus dientes separados y su boca en mi cara. Le pedí que se retirara y gritó:

—Esto no es bolero, carajita. ¿Dónde tienes los papeles?

Dije que no tenía nada, pero él comenzó a tocarme por todas partes. Lo halé por los cabellos, se sacudí y me dio el primer golpe en la cara gritando:

—Te dije que no era bolero, carajo.

Y me levantó la falda, forcejeamos. Cuando volvió a pegarme sentí como si mi cabeza se desprendiera del cuello.

Desperté en un sitio oscuro y me agaché a orinar. Me ardía. Tanteando, hallé una puerta y grité, golpeándola hasta que me dormí o me desmayé. No sé cuánto tiempo pasó hasta que entró una señora que salió gritando y cerró la puerta por fuera. Después no recuerdo más que pesadillas y fiebre, dolores y sed. Los recuerdos de la celda están como quebrados. Me bañaban con agua helada y preguntaban que por qué me llamaba Vera. Un río entró a la celda y una mujer gorda echaba agua por la boca. Candelaria me arrojaba y me daba avena.

Cuando se la llevaron, creí que la iban a matar. Un día, el guardia gritó:

—Encarnación Gutiérrez, recoge tus corotos que te vas.

Pero ella siguió cantando algo de un hombre que se llamaba Juan, arriba de un caballo. Oí a un niño llorar y me mudaron a una celda pequeña, donde venía un guardia y me molestaba muy feo. Me llevaron a la celda donde estaba Candelaria, y me dio un abrazo tan fuerte que me dolieron las costillas. Me habló de mi familia y yo no respondía. Ni siquiera pensar podía. Después, poco a poco, me fui quietando. No quería que Francisco supiera, no quería verlo. Como dice Cleo, no era nada bonito.

Un día de visita recibí un papelito sin firma, pero reconocí la letra de la tía Alma, que estaba escondida en un pueblo en los Andes. Desde allá me decía: «Guáramo, mujer. Saca el guáramo que tienes, sobrina». Días después, llegaron tres muchachas comunistas. Se levantaban a las seis de la mañana

y luego del desayuno estudiaban y cantaban. Candelaria decía que hacían eso para sentirse mejor, y comenzamos a hacer gimnasia y a bailar. Después comentamos libros que habíamos leído. Recordé *La inteligencia de las flores*, el librito de Mauricio Maeterlinck que me había regalado Caballo. Algunos días salíamos a tomar sol con las otras muchachas y conversábamos con ellas. Otros días me ponía mal. No podía hablar, ni comer, ni ver a nadie.

La tarde que salí de la cárcel fue difícil serenarme. Cleo aconsejaba levantar el espíritu, pero mi espíritu y yo andábamos en órbitas opuestas. Caballo sugería escribir, pero yo era un hueco sellado, en infinitivo: pensar, decidir, olvidar. Vivir y escribir se parecen. Auscultar cada sombra, asomarse al vacío, leer todo, sospechar, decidir cada paso. En la casa, la cara de mi madre era una interrogante temblorosa. Poco a poco pude habituarme a otras rutinas. La tía Alma me escribía y sus cartas me aliviaban.

Una mañana, Caballo dijo que me necesitaba en la sastretería; yo pegaba botones a los chalecos, él hilvanaba ruedas a los pantalones. Conversamos de la posibilidad de retomar mis estudios y de escribirle a Francisco que estaba preso. O borrarlo de mi vida.

No ver a Francisco era un alivio, y un pinchazo permanente. Cleotilde dedujo eso. Mi amada bruja Cleo leía emociones y secretos:

—¡Ay, niña! ¡Parece que Francisco te quemara! Tendrás que escribirle —me decía.

Lo intenté, pero el resultado parecía un telegrama. Hasta que lo pude lograr y Caballo le llevó la carta a su padre.

Después de eso comencé a interesarme en otras cosas. La vida en la calle, la prensa. Delgado Chalbaud insistía en que la Junta de Gobierno era provisional. Prometía elecciones y anunciaba un Plan Ferroviario que conectaría a toda

Venezuela y apoyaría al desarrollo industrial. Fue cuando Caballo nos dijo:

—Ah, no, ese detalle no lo aguanta Truman. Apuesto que con ese ferrocarril pasará igual que con los tractores.

Y Cleo, que almorzaba con nosotros, preguntó si habría otro golpe de Estado. Mi padre dijo que no creía que tumbaran a su catire, pero tampoco creía que el Plan Ferroviario se cumpliera, y habló de engordar a la General Motors, menos rieles significa más automóviles, más camiones.

Una tarde recibí carta de Francisco en la que anunciaba que saldría pronto y corrí a contárselo a mis padres. Mi madre me abrazó contenta y Caballo opinó que era tan importante tener esperanzas como evitar hacerse ilusiones. Cuando llegó estaba bronceado y más alto. Celebramos con jugo de parchita y pregunté dónde había llevado sol. Explicó que en la cárcel jugaban béisbol en el patio. Hubo risas en el grupo y, sin pensar, dije que nadie hablaba del deporte que aquellos policías habían practicado conmigo. Hubo un silencio espantoso y caras de amargura. Mi madre quedó mimetizada entre los muebles y mi padre recomendó evitar que el odio nos invadiera. Respondí enfurecida:

—¿Poner la otra mejilla para que me babeen o bajarme las pantaletas?

Mi padre se tapó la cara, vi llorar a Francisco y después sentí que me abrazaba.

Regresó varios días después. Había comenzado a trabajar en un liceo. Una tarde, se habló de partidos políticos legales e ilegales y de posibles elecciones. Cleotilde comentó que su catire se veía nervioso y angustiado, y que Juvenal no quería hablar. Ahora Cleo estaba preocupada por algo que ella misma no sabía. Se había cortado el cabello y sin el moño que antes llevaba ajustado a la nuca con dos peinetas, parecía otra persona. Sus argollas de oro, que parecían parte de sus orejas,

las había cambiado por unas perlas. Su sonrisa parecía fingida. Por primera vez, Cleo tenía miedo. Pero ella sabía cómo transformar malestares. De vez en cuando pasaba por mi casa como un aire suave, traía una fruta, un cuento y se iba. Sus carcajadas habían disminuido y su sonrisa era tristonca, pero la alegría burbujeaba en sus ojos y en su cuerpo.

Francisco se fue haciendo habitual. Conversaba con Caballo y compartíamos lecturas. Había tomado un curso de francés y se interesó por la Martinica y sus poetas. Nos casamos y celebramos en casa de la tía Brisa. Un trío de voces y guitarras —obsequio del señor Legido— animó con rumbas flamencas y boleros. Bailamos, comimos, lloramos, y a las cinco de la mañana, con las bendiciones de Cleo, nos alojamos en el apartamento del presidente por unos días.

La prensa reseñó reuniones de la Cámara de Comercio y la salida hacia Estados Unidos de una misión económica, presidida por el empresario Eugenio Mendoza y el millonario Antonio Aranguren. Las cartas de Candelaria llegaban regularmente con fotografías de Tánger, Oaxaca o Puno, y me hablaba de su amante con la misma naturalidad con la que corregía mis errores de sintaxis.

Aquella mañana de noviembre me había quedado estudiando para un examen, sonó el teléfono y Francisco dijo que habían asesinado a Delgado Chalbaud. En el periódico se dijo que habían asaltado su automóvil, temprano en la mañana. El presidente, su edecán y el chofer fueron llevados a la quinta Maritza, propiedad del empresario petrolero Antonio Aranguren, donde habían sido alojados la noche anterior los secuestradores. Ojalá Cleo no hubiera leído los detalles: al presidente le dispararon siete veces en la cabeza, el abdomen y el tórax.

No conocí a Delgado Chalbaud, pero escudriñé sus libros, escuché sus discos y bebí en su copa. Francisco y yo dormimos en su cama. No podría decir si traicionó o trató de salvar a Gallegos, pero su asesinato benefició al hombre que conspiró para derrocar a dos presidentes democráticos e instalar un gobierno que ilegalizó partidos políticos, censuró la prensa, fundó campos de concentración, trabajo forzado y tortura.

El duelo de Cleotilde fue clandestino. Las mujeres de la familia nos turnábamos para acompañarla, y en aquel velorio sin muerto también estuvieron Madeleine, Ignacia y Juvenal. Varios días después, Cleo me pidió que la acompañara a su apartamento a buscar algunas cosas. Apenas entramos, dijo extrañada:

—Niña, vi el portafolios de Carlos en la mesa y creí que... tal vez lo olvidé.

Se me hacía tarde y le pedí que buscara lo que llevaríamos. En la biblioteca, tomó una caja con fotos y cartas. Recordó la noche en la que él había dicho: «¡Vamos a la vida mientras podamos!», sacó de la biblioteca un libro de León de Greiff y dijo sonriendo que él solía decirle *madame Nuit* por unos versos de aquel poeta. Abrí con impaciencia la puerta de la habitación y ella se apoyó en mí: el armario estaba abierto, había cosas en el piso, gavetas desenchajadas y le dije que teníamos que irnos enseguida. El sitio había sido allanado y seguramente lo vigilaban. Le grité:

—Corre, toma un taxi a casa de Madeleine.

Bajé corriendo las escaleras, oí sus pasos detrás de mí. Me di vuelta cuando guardaba su pasaporte en la cartera, llevaba una maceta y me abrazó diciendo:

—Esto es para ti, niña.

Iba corriendo cuando cruzó la esquina.

Aquella noche Francisco me ayudó a preparar un examen, lo vi poner la maceta en el fregadero y mostró un papel escrito en francés que halló en la cesta. Lo interrumpí para llamar a casa de Madeleine. Cleo no había llegado. Nunca llegó.



Agradecimientos

Quiero y debo agradecer a quienes aportaron entusiasmo, apoyo, colaboración, trabajo y amor en lo que, durante varios años, significó *Voces de fondo*.

Mariano Ibáñez asumió el ochenta por ciento de las tareas que solíamos hacer juntos, se ocupó del ambiente musical y de la defensa del tiempo de trabajo.

María T. Acosta Jacobs prestó su oído musical a mis lecturas, tradujo documentos y emociones. Desde el principio mantuvo el rumbo de la publicación, trabajó a fondo en la transcripción de la última versión, solucionando a distancia problemas y fallas complejas.

Carlos Castro Rincón me incluyó en dos o tres talleres suyos, revisamos juntos una de las últimas versiones. Su delicadeza y consistencia me permitieron descubrir nuevas vertientes.

Sergio y Juan Alfonso Guerrero me apoyaron con entusiasmo al principio y al final.

Mercedes Llovera (1926-2021) leyó las primeras versiones.

Hemmi T. Croes G. aportó libros, datos específicos, fotografías, documentos, y un sereno y callado empuje para continuar.

Omar Sánchez G., lector apasionado de la historia venezolana, hizo gestiones editoriales y nos animó durante todo el trayecto.

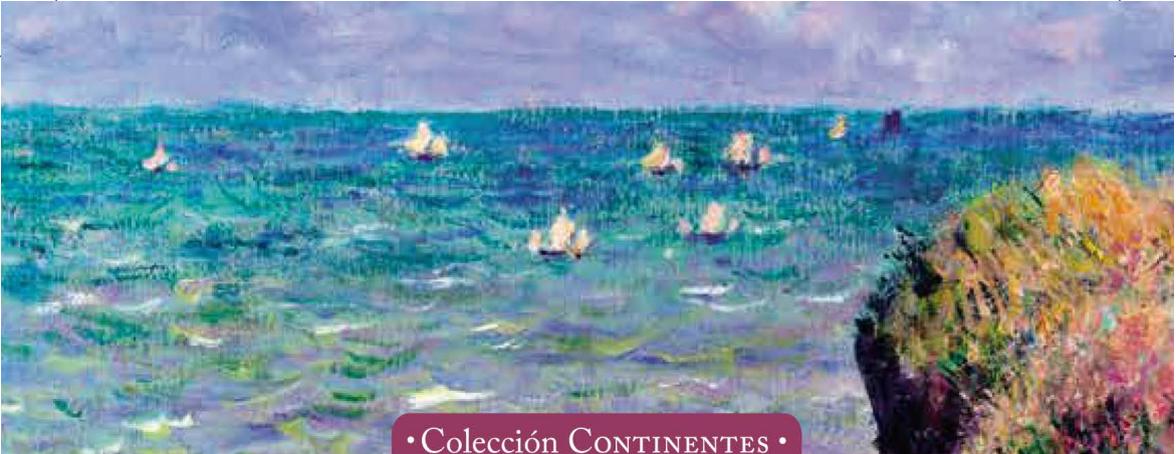
Luis Daniel Ibáñez y Anna Gatto hicieron aportes fundamentales para lograr que la paz, serenidad, salud, alegría y entusiasmo me permitieran realizar este trabajo.

Índice

Vera (2008)	9
I. Cleotilde (1945)	11
Vera (2008)	25
II. Candelaria (1936-1944)	27
Vera (2008)	39
III. Candelaria (1945)	41
IV. Cleotilde (1946)	49
Vera (2008)	57
V. Candelaria (1946)	59
VI. Vera (1947)	73
VII. Cleotilde (1948)	75
VIII. Candelaria (1948)	85
IX. Cleotilde (1949)	101
X. Vera (1949-1950)	111
Agradecimientos	119



Voces de fondo
se imprimió en noviembre de 2022 en los talleres de la
IMPRESA DE LA CULTURA
Caracas, Venezuela
Son 2.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Tres mujeres —Cleotilde, Candelaria y Vera— son las narradoras y protagonistas de una historia a través de la cual, María Elvira González nos descubre el ámbito político vivido y relatado desde la intimidad de sus relaciones personales. Más que ambientar, esta obra recrea con extraordinario realismo la Venezuela de finales de la década de los treinta y cuarenta: la fundación del partido AD y su posterior sectarismo, la persecución política, el golpe de Estado a Rómulo Gallegos, el intervencionismo estadounidense y la explotación petrolera, el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud, hasta el inicio de la dictadura perezjimenista. La maestría de la autora se hace evidente en su destreza en el manejo de la polifonía narrativa, en la fluidez del lenguaje (sencillo —más no simple— y, al mismo tiempo, lírico y confesional) y en la construcción de un relato femenino e intimista ágilmente ensamblado con el contexto histórico.

MARÍA ELVIRA GONZÁLEZ (Caracas, 1943), Escritora, docente, traductora y librera. Publicó sus primeros cuentos, artículos y reseñas en la revista impresa *Libros de Venezuela*, de la cual también fue fundadora, y en la revista digital *Letralia*. La autora es maestra normalista, con estudios en el Instituto Pedagógico de Caracas y la British Columbia University en Vancouver. Fue docente en varios liceos de Maracay y dictó clases de literatura venezolana en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Beijing. Su obra ha sido reconocida con varios premios: por *El resplandor de sor Juana* —obra de teatro para leer— obtiene el Premio Fundarte (2008); con su libro de narrativa breve, *Voces para llevar* recibe el Premio Estímulo a la Creación Literaria, otorgado por el Cenal (2019), y su novela, *Voces de fondo* gana por unanimidad el premio único de la VII Bial Nacional de Literatura José Vicente Abreu (2022).



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

